



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Licenciatura en Historia

Seminario de grado:
Historia Reciente y Memorias en América Latina

Dictadura chilenizadora: Memorias en la Región de Antofagasta

Informe para optar al Grado de Licenciatura en Historia presentado por:

Hugo Edmundo Addison-Smith Flores

Profesor guía: Carla Milar Peñaloza Palma

Santiago de Chile
2022

Quiero dedicar este trabajo a mi madre Soledad y a mi padre Victor Hugo, quienes con mucho esfuerzo siempre estuvieron apoyándome, junto a mis hermanas.

A mi abuela Adriana Briceño y mi abuelo Armando Flores que me han dado el amor y enseñanzas más grandes, cuyas vidas han sido principales fuentes de inspiración y servido de base para este trabajo.

A mis abuelos Wilfredo Addison-Smith y Carmen Del Piano, a quienes tengo en mi corazón, y siempre creyeron en mí.

A la comunidad boliviana de Antofagasta y Calama, especialmente a mis fraternidades Salay Jatun Masis y Caporales Estrella Roja, además de los compadres y comadres de la Morenada Señorial Illimani.

A mi Partido Comunista y las Juventudes Comunistas de Antofagasta.

A todos los que en Antofagasta y Calama se sienten orgullosos de sus raíces, su identidad, su historia y en la ciudad demuestran que nuestra cultura está viva y presente.

A todos los que en algún momento fueron maltratados, discriminados, humillados y hechos desaparecer por razones políticas y culturales.

Agradecer finalmente a la profesora Carla Peñaloza que siempre creyó en mí, me escuchó, me entendió, y me apoyó hasta en las circunstancias más difíciles, tanto en lo humano como en lo académico. Venceremos.

“VOLVEREMOS Y SEREMOS MILLONES” – TUPAC KATARI

JALLALLA

INDICE

- INTRODUCCIÓN	1
- “INDIO, ENEMIGO, NUNCA CHILENO”	10
- CIUDAD, ORIGINARIOS Y LA IZQUIERDA	24
- “LO BOLIVIANO” Y LA DICTADURA	30
- REFLEXIONES	40
- BIBLIOGRAFÍA	43
- ANEXOS	46

“Yo vengo de los sueños que imploran regreso
Del mar de la sal de las libres gaviotas

Volveré a bañarme en las costas de antaño
Volverán wiphalas a flamear en mis mares”

YO SOY DE BOLIVIA – BONANZA – 2004

INTRODUCCIÓN

El 18 de septiembre de 1979 la Dictadura Militar de Chile declara la danza de la cueca como “Danza Nacional”, bajo argumentos que apelaban al alma nacional, a la picardía propia del ingenio popular chileno, a su identidad con la cueca, que ésta refleja la mayor expresión de una auténtica unidad, para luego, meses antes de dejar el poder, declarar el 17 de septiembre como “Día Nacional de la Cueca”, todo por supuesto vía decreto supremo¹. Tales decretos no solo consistían en simples declaraciones, sino también en un mandato legal para que el Estado a través de sus instituciones generara campañas de divulgación, promoción e investigación, y organizara una competencia para los estudiantes en escuelas y liceos. El mismo 1979, Pinochet, negando explícitamente “lo indígena”, sostiene en un discurso que “ya no existen mapuche, porque todos somos chilenos”².

Tal situación se comprende en el marco de la consolidación del proyecto político conservador y neoliberal de la dictadura, una especie de “segundo tiempo”, lo cual definitivamente se concretaría con la constitución de 1980, pero que hablaba de la decisión de gran parte de la derecha de delegar esta tarea en las Fuerzas Armadas y de convertirlas en los agentes propulsores del proyecto modernizador neoliberal³, cual las redefiniría en su rol considerándoles como el elemento cohesionador de la nacionalidad, expresión más permanente del Estado y de la patria por encima de la contingencia política⁴.

Este proyecto político y económico implantado por la dictadura implicaba necesariamente un cambio social y cultural de la sociedad chilena que le permitiera ideológicamente sostenerse hacia el futuro, y ésta, hasta los años 70, era una sociedad que, por el contrario, y alentada por una mirada progresista, había sido capaz de proyectar cuestionamientos profundos al status quo, así como construir y proponer cambios radicales a nivel político alcanzando su máximo grado de materialización en lo que fue la Unidad Popular, así en otros países de Latinoamérica la situación no era muy distinta, estamos hablando de una época altamente revolucionaria y conflictiva a nivel global, este contexto álgido y estos cuestionamientos al sistema implicaban necesariamente una crítica a la cultura hegemónica, y a la necesidad de construir una propia identidad a partir de lo “nuestro”. Conceptos como el “Hombre nuevo”, la “patria nueva”, “nueva independencia” no son en lo absoluto abstractos, más bien adquieren formas, y permiten entender el alcance y radicalidad de los cambios planteados.

Posterior al 11 septiembre de 1973, la elite gobernante, a sangre y fuego en aquella su cruzada por exterminar a los comunistas y a los “elementos del comunismo”, y posterior implantación del modelo neoliberal, evidentemente no podían permitirse estos cuestionamientos, que no solo chocaban y eran directamente críticos con el pensamiento oligárquico, decimonónico y

¹ Decreto 23 y 54. Biblioteca del Congreso Nacional. 1979 – 1989.

² Discurso de Pinochet en Villarica. 1979.

³ Torres, Isabel (AÑO) “La trayectoria de la derecha, desde la incondicionalidad a Pinochet, al gobierno de los gerentes”, p.3.

⁴ Guzmán, Jaime. El camino político. Revista Realidad, año 1, N° 7. Diciembre, 1979.

portaliano que inspiraban al régimen de Pinochet, sino que rememoraban un periodo e ideas que el régimen debía borrar.

Estas ideas de la nueva cultura, el hombre nuevo, desde un discurso muy popular y latinoamericanista, evidentemente va a generar contradicciones con el pensamiento de la dictadura y la elite chilena. Para graficar de forma más clara este pensamiento de la dictadura citamos a Diego Portales, quien fue seguido en sus ideas de cerca por el mismo Pinochet y cuyos planteamientos de gobernanza encajaban bastante con la idea de gobierno que el ejército encarnaba en los años 70.

“A mi las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aún censurar los actos del Gobierno. La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra ¿y qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe como yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual”⁵.

En esa época, Diego Portales ya dejaba ver en su pensamiento un atisbo de colonialismo y elitismo, al referirse a los países americanos como llenos de vicios, con ciudadanos carentes de virtud, que requerían entonces de gobiernos “fuertes y centralizadores, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo”, efectivamente se asumía y asociaba el ser latinoamericano con una situación de inferioridad frente al ideal de ciudadano europeo en donde las “republicas” habían nacido como modelo exitoso.

Este pensamiento que va a caracterizar a la elite chilena desde momentos cercanos a la independencia, del cual el Ejército ha sido el más fiel reflejo y su mejor herramienta, va a alcanzar su máximo apogeo y materialización puntualmente en momentos donde la elite requerirá de su despliegue y fuerza, como lo fue la dictadura de Pinochet. Sin ir más lejos, uno de los principales sostenes ideológicos de la dictadura y la derecha actual, Jaime Guzmán, planteaba, en la misma línea que en el siglo XIX planteaba Portales, que era necesario en el nuevo modelo político chileno, fortalecer la figura presidencial y disminuir las facultades del legislativo, “un parlamento que estuviera integrado por hombres “de verdadera selección, aunque para ello sea necesario arrastrar con el prejuicio de origen electoral – populista. Con un Congreso atestado de mediocres como el último que conocimos, una democracia no puede funcionar”⁶.

⁵ De la Cruz, E. – Feliz, G., Epistolario de don Diego Portales, Santiago, 1937 – 1938, (3 volúmenes). Volumen I, N° 5, p. 176 y siguientes.

⁶ Revista Que Pasa, entrevista a Jaime Guzmán. 7 de enero, 1975, pág.42, 43.

La profundidad de la crítica elaborada por esta sociedad progresista en los años 60 y 70, la existencia de cuestionamientos profundos al modelo y cultura hegemónica, y la idea de revolución latinoamericana como paso necesario y solución definitiva a los problemas del capitalismo y su sociedad en profunda crisis, representaban para los intereses de la oligarquía chilena de ese entonces, una situación de peligrosidad real, lo cual era necesario enfrentar, de lo cual se hizo cargo en 17 años.

Sin embargo, y para comprender el análisis que se plantea es necesario revisar cómo funcionaba y se construyó este pensamiento de la elite chilena desde el siglo XIX, lo cual se abordará más adelante.

ANTOFAGASTA EN DISPUTA

En julio del año 2013 el Estado Plurinacional de Bolivia de manera formal, y ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, interpuso una demanda contra el Estado de Chile en la que solicitaba una negociación para una salida soberana al mar, basados en una serie de argumentos, y aunque principalmente jurídicos, se dejaba entrever una retórica argumentativa distinta y alejada de la clásica y poco exitosa retorica nacionalista de épocas anteriores, cuyos planteamientos referentes a la cultura, identidad e historia de la región de Antofagasta parecían no tener la intención de dirigirse principalmente al gobierno y autoridades centrales de Chile, ni siquiera a la corte internacional, sino más bien a los pueblos de los territorios involucrados en esta disputa.

Tal hecho, y los que le siguieron en el desarrollo del juicio en la corte, revivió con fuerza un conflicto y tensión, que para algunos sectores parecía o debería estar zanjado. Tensiones más allá de lo diplomático entre autoridades y gobiernos de ambos países, que irradiaron a nivel social, principalmente en la región de Antofagasta, por misma y conocida historia del territorio reivindicado explícitamente por los bolivianos, y que tarde o temprano volvería a su soberanía, como señala el difundido Himno Al Litoral entre la comunidad boliviana, “Antofagasta, tierra hermosa, Tocopilla, Mejillones junto al mar, con Cobija y Calama, otra vez a la patria volverán”⁷.

Sin embargo, tales argumentos y retorica alusiva a la identidad, historia y cultura originaria de la región de Antofagasta ya contaban con precedentes, los cuales el gobierno plurinacional Boliviano en una exitosa campaña comunicacional se encargó de difundir y enseñar al pueblo boliviano y la comunidad internacional, en el llamado “Libro del Mar”. En 1979, en pleno periodo dictatorial chileno, Jorge Escobari Cusicanqui, quien fuera Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia planteaba,

“Mucho antes del Imperio del Tahuantinsuyo, Tiahuanacu, la metrópoli milenaria del macizo andino había impreso el sello de su civilización en aquellas costas. Luego, la dinastía de Manco Capac y Mama Ocllo irradió desde esa misma meseta su cultura

⁷ Himno al Litoral. Velasco, Gastón. 1993.

admirable. Diversos lugares del Litoral tienen nombres de origen incaico y conservan huellas de su presencia. Se sabe que la palabra Atacama es de origen quechua y que ese territorio fue descubierto durante el reinado del Inca Yupanqui quien lo incorporó a su Imperio”⁸.

El año 2018, durante un largo y tedioso periodo de presentaciones de argumentos, memorias y declaraciones, a nivel local la entonces alcaldesa de la capital regional, Karen Rojo, cuyo perfil está muy bien definido como militante de derecha, reservista del ejército, y actualmente prófuga de la justicia por delitos de corrupción, durante su gestión en la municipalidad, se transformó en una de las principales voceras locales beligerantes en relación a este tema, con un protagonismo mediático a nivel binacional, tanto en Chile como en Bolivia.

El tono utilizado por la ex edil de Antofagasta en medio de estas controversias, si bien es cierto, no fue el mismo utilizado por los demás ediles y dirigentes de la región, resulta muy ilustrativo del trato y uso histórico que un sector de la política y elite chilena, y regional, vinculados principalmente a la derecha, ha dado, y dan, a este conflicto, y que no guarda resquemores a la hora de amedrentar a un sector importante de la población regional, lo cual tiene sus replicas y se reproduce en sectores populares chilenos.

“Mi llamado es a actuar bajo la misma hostilidad con que ha actuado el canciller (Choquehuanca). Tenemos que actuar de manera hostil. Estamos en territorio chileno y las cosas se hacen bajo nuestras reglas”⁹, en 2016; “Soy una mujer patriota de corazón, amo mi país y siempre defenderé Antofagasta y Chile, porque la historia es una sola (...), Por eso he compatibilizado mis labores como alcaldesa y también como oficial reservista del Ejército. Estoy dispuesta a entregar mi vida si fuese necesario por mi país”¹⁰, en marzo de 2018, para en octubre de ese mismo año utilizar la tribuna de la municipalidad y convocar a manifestaciones hostiles, de carácter nacionalista y cargada de xenofobia, exigiendo a las comunidades embanderar la ciudad y “celebrar” la soberanía chilena bailando cueca, en vísperas de la lectura del fallo de la Corte Internacional de La Haya¹¹.

Y es que sus intervenciones en este contexto no solo se limitaron a simples declaraciones ante la prensa, las cuales ya estaban cargadas de un nacionalismo y tono contendiente que solo contribuyó a aumentar tensiones y niveles de conflictividad entre comunidades involucradas, como la comunidad boliviana, que es histórica en la región, y cuya presencia supera con creces a otros grupos migrantes o no chilenos, por lo que para la comunidad chilena curiosamente en la mayoría de los casos no tiende a categorizar bajo el concepto de “inmigrante” a las personas bolivianas, probablemente debido a la costumbre, cercanía y cotidianidad de la que forman parte en la vida regional, por esto es que preferimos hablar de “comunidad” boliviana.

⁸ Escobari Cusicanqui, Jorge. 1979. Libro del Mar. P. 22.

⁹ Declaraciones Karen Rojo, julio 2016.

¹⁰ Declaraciones Karen Rojo, marzo 2018.

¹¹ Declaraciones Karen Rojo, octubre 2018.

Es importante recordar las dificultosas y frustradas relaciones diplomáticas que ambos Estados, el chileno y el boliviano, han mantenido, de la cual destacan episodios importantes en la segunda mitad del siglo XX. Para 1962, Bolivia rompe relaciones diplomáticas con Chile a causa del conflicto del río Lauca, las cuales solo se retomarán bajo la coincidencia de gobiernos de izquierda y progresistas de ambos países a principios de los 70, con Allende en Chile y Juan José Torres en Bolivia, los cuales serían derrocados por golpes de Estado. Luego, para 1975, los dictadores Banzer y Pinochet, habían iniciado negociaciones con el fin de zanjar disputas, llegar a acuerdos, y probablemente apoyarse y enfrentar el aislamiento político y diplomático, los cuales finalmente no rindieron frutos, culminando con una nueva ruptura de las relaciones en 1978.

Si analizamos histórica y estadísticamente la presencia boliviana en Chile, aunque no se cuenta aparentemente con datos estadísticos específicos de los censos oficiales pasados a nivel regional, para 1970 se contabilizaban 7666 ciudadanos bolivianos en Chile, para 1982, 6298, para 1992, 7729 y en la actualidad, según el último censo, 73.722, de los cuales un 32% se encuentran en la región de Antofagasta (24.063). Según el censo del 2017, la región de Antofagasta sería la región chilena con mayor cantidad de población boliviana¹², eso sin contar los descendientes de familias bolivianas, nacionalizadas chilenas, y los cientos de bolivianos que transitan irregular y periódicamente de un lado a otro de la frontera, por cuestiones como trabajos informales y temporales, comercio, o simplemente visita.

La cantidad de bolivianos en Chile ha ido aumentando notoriamente en las últimas décadas, sin embargo, nos percatamos que para el censo realizado en la dictadura chilena en la década de los 80, la presencia boliviana por el contrario disminuyó, retomando junto con la democracia, en los años 90, la tendencia al alza. Este último dato, si bien no nos permite hacer afirmaciones concretas respecto de un efecto particular e intencional para con la inmigración boliviana bajo la dictadura, si nos da señales de que probablemente las condiciones no fueron las más propicias para la permanencia e ingreso de no chilenos a Chile.

Ese mismo año 2013, en septiembre, el pueblo chileno conmemoraría 40 años de la gran tragedia que quebró al país, como lo fue el Golpe de Estado de 1973 y la dictadura militar que le siguió. Esta situación no solo hizo aún más públicas opiniones y posiciones contrarias, sino que también despertó y alentó cierto interés en algunos sectores de cuestionar cada vez con mayor profundidad y detalle el proyecto impuesto de la dictadura y sus distintas expresiones, alcances y consecuencias, en donde la memoria ha adquirido cada vez más relevancia, a la hora de hablar lo que no se ha hablado.

Hablar de la dictadura militar de Pinochet en Chile jamás ha sido fácil o ligero, mucho menos cuando partimos desde la base de que la dictadura con su represión no actuó de la misma forma, ni en los mismos tiempos a lo largo y ancho del país durante sus 17 años. En la actualidad aún es poco, o insuficiente, considero, lo que se ha investigado sobre la afectación de las identidades

¹² Características de la Inmigración Internacional en Chile. INE. 2017.

locales, los pueblos originarios y comunidades ligadas al mundo de la cultura en general, formas de vida, costumbres y tradiciones arraigadas en las comunidades, etc, que implicó el periodo de la dictadura, situación acentuada por el centralismo político e ideológico existente en Chile, en lo que respecta a las regiones extremas (alejadas de la capital), como Antofagasta.

En la región de Antofagasta (también Tarapacá) el proyecto de la dictadura iba más allá de lo puramente económico, y se cruzaba con otra necesidad, justificada o no, de insistir en un nacionalismo que contribuyera a generar mayor cohesión social y estabilidad, en donde la mayor homogenización cultural posible de la sociedad era funcional a tales objetivos, y más aún, respondía a la lógica colonialista de la elite o clase dominante, bajo la cual se asentó la dominación chilena sobre tales territorios, posterior a la guerra del salitre.

Lo anterior evidentemente nos habla de dos catástrofes que se cruzan, y que por más que se evadan o pretendan dar por superadas aquellas cuestiones, aún dividen, y vuelven una y otra vez al presente a recordarnos que pasó, que hay cuestiones pendientes por atender y resolver, y aún hay una justicia que no llega. En tal interés por conseguir una verdad histórica que aporte a lo menos a hacer justicia con aquellos grupos y cuestiones de las que no se habla, ya sea por acción de una elite que busca borrar y negar una historia, cultura y una identidad, para reemplazarla por otra, o por la omisión injusta y torpe incluso de quienes se encuentran en el lado de los oprimidos.

Es de interés en este trabajo el poder dejar constancia también de la existencia de lo que asumo, en el mejor de los casos, como un descuido, o falta de atención por parte de los y las historiadoras, desde la intelectualidad o la academia más comprometida. Al constatar que la historia sobre las oleadas chilenizadoras que se plantea y la existencia efectiva de una memoria colectiva, popular y regional, no ha sido contada ni expresada, quizás por temores a la exclusión, al rechazo, y a calificar en lo que la dictadura identificó y construyó como un “enemigo”, o quizás por el sesgo centralista y colonialista de algunos, y que ha provocado que tales temas no hayan sido atendidos, registrados y estudiados con la profundidad que se debiera y merece, explicando en algo a través de esta crítica la pertinencia de este trabajo.

En un país donde hay un proceso constituyente abierto, empujado por los pueblos desde la organización y movilización, desde la reconstrucción, repolitización y reconfiguración del tejido social y los movimientos populares, cuyos grupos históricamente invisibilizados, marginados de la sociedad, fueron parte por primera vez y de forma institucional de la redacción de una propuesta constitucional, y exigen ser parte de la redacción de una nueva constitución para Chile, llevando planteamientos y proyectos de sociedad muy concretos y serios, esta vez desde las voces de los originarios, de los regionalistas, de las mujeres o disidentes, y producto de la convergencia de distintas opresiones y sus propias historias, y desde las distintas latitudes del territorio político chileno. Voces que hoy adquieren relevancia y son capaces de hacer síntesis y proponer un modelo de sociedad, en el cual cuestiones como las desarrolladas en este trabajo, sirvan como sustento, desde las memorias, para un nuevo proyecto de país; país al que pueblos,

como el caso de la región de Antofagasta, han sido de forma insistente y por la fuerza obligados a ser parte y asimilarse, y que por lo tanto la verdad histórica y el respeto de su identidad de paso también a la reparación, y reconocimiento del derecho a la autonomía y libre determinación de las comunidades y pueblos, materializado principalmente en principios como la plurinacionalidad, desechando y superando por fin el caducado y decadente proyecto de estado nación chileno heredado del siglo XIX, retomado por las brutalidades del siglo XX.

Es importante, en el desarrollo de este trabajo, constatar y explicar dos visiones y voces existentes, que contrastan pero que de alguna u otra forma, han coexistido a lo largo de la historia en el marco de un “único” territorio político, no obstante, una estando en una posición de hegemonía y ventaja en desmedro de la otra, principalmente en la producción historiográfica sobre la región de Antofagasta, lo que ayudara a comprender el sentido de este trabajo. La primera visión, y es desde la que nos posicionamos al realizar esta investigación, es la visión del habitante y oriundo de la región de Antofagasta, principalmente originario y boliviano, la otra visión sería la del chileno, con una visión que podría matizarse probablemente según sensibilidades políticas o experiencias, o según si es de provincia o capitalino, pero que sigue demarcado entre las lógicas centralistas y colonizadoras instaladas, cuya formación corresponde a la construida desde el Estado y su elite, y desde su capital. Ambas visiones influidas por imaginarios existentes, y contruidos entre los siglos XIX y XX, las cuales también se pueden subdividir en función de profundizar el análisis, sin embargo la subdivisión que interesaría atender en esta pasada tiene que ver con la visión que tiene el habitante de la ciudad en la región de Antofagasta, en función de la distinción con la del habitante de la ruralidad o localidades más pequeñas, principalmente las ubicadas en la zona mas altiplánica o fronteriza con Bolivia. Tal diferenciación nos interesa realizar, porque además de ser lógica, aquello se vuelve necesario para señalar que procesos como la chilenización y la dictadura no fueron homogéneos, ni en temporalidad, ni en forma, y por tanto las experiencias y memorias que se desprenden pueden ser distintas y útiles a la hora de dimensionar los alcances e inferir intereses o intencionalidades detrás de estos esfuerzos chilenizadores y nacionalistas del proyecto dictatorial a lo largo y ancho del territorio regional, sin embargo la producción historiográfica sobre la región respecto de la dictadura se ha concentrado en lo sucedido casi de forma exclusiva en las ciudades, como por el contrario a lo sucedido con procesos históricos como la chilenización, que se han concentrado en lo sucedido en la ruralidad y pueblos del altiplano del territorio anexado.

En esa línea es que se vuelve una tarea la captación y reconstrucción de una memoria que nos permita interpretar históricamente los elementos que a lo largo de la historia influyeron en la construcción de estos imaginarios e identidades, y que también nos permita percibir, contar e interpretar los esfuerzos o ímpetu chilenizador que la dictadura llevo a cabo, a partir de voces y sensibilidades de quienes vivieron tal periodo, desde lo regional o local, y apoyándonos también la teoría que la historiografía hasta ahora ha desarrollado en torno a la memoria, y es que se trata de una memoria que está marcada por la gran catástrofe que significó la dictadura, tragedia que

de alguna manera también se vivía en Bolivia en el contexto de guerra fría y que violentamente se replicaba en Latinoamérica.

Catástrofe que a su vez está cruzada por otra catástrofe anterior que involucra a distintos pueblos, como lo es la tragedia que significó la guerra del salitre, cuestión que a pesar de haber sucedido a más de un siglo, sigue abierta no solo para la parte boliviana, sino también para los pueblos regionales involucrados que se vieron nuevamente sujetos a procesos violentos, bélicos, de anexión y asimilación, y también para los chilenos, que, aunque desde ciertos sectores planteen el tema como un pasado ya zanjado, es evidente que sigue latente, lo que permite que ese antiguo conflicto sea aún muy actual, y que hasta la actualidad tenga consecuencias en uno y otro lado de la frontera. Por un lado todo un movimiento de reivindicación territorial, con argumentos bastante robustos, y por la otra parte, víctima una y otra vez de intentonas y esfuerzos chilenizadores que adquieren mayor intensidad cada cierto tiempo, según los contextos, capacidades y prioridades que las elites y gobiernos chilenos van determinando, como es el caso de la dictadura militar en Chile y una clara intensificación de políticas y acciones que podrían sugerirnos, desde esta perspectiva, una nueva etapa y trato del Estado y la elite con la región de Antofagasta y las regiones anexadas, lo que a su vez pone en el tapete, y a propósito de los desafíos del presente, la cuestión de la descolonización, para las comunidades de la región de Antofagasta, especialmente en relación las discusiones que transcurren en los centros políticos y urbanos regionales, que implica necesariamente una revisión de la historia transcurrida.

Como plantea Rousso en la siguiente cita:

“... la cuestión de la memoria es indisociable de aquella de la historia del tiempo presente, pues ella concierne prioritariamente los acontecimientos traumáticos recientes que tratan sobre violencias de masa, violencias políticas, o incluso de acontecimientos o procesos lejanos en el tiempo que siguen actuando en el presente, como es el caso de la herencia colonial o la trata de esclavos. Por lo tanto, no es sorprendente que ambas interrogaciones hayan emergido al mismo tiempo, dándole a la escritura de la historia reciente una primacía en la comprensión de aquellos “pasados que no pasan.””¹³.

Resulta lógica la existencia de un cruce entre estas dos grandes tragedias, dos grandes heridas que los pueblos hoy buscan superar, pero no sin hacer justicia. Por esto también es que se vuelve fundamental dar valor a la memoria de estas comunidades sobre el periodo de la dictadura, ayudando a visibilizar y comprender lo que significó para ellos la dictadura, desde sus propias memorias y vivencias, ya que hasta la actualidad la mayoría de la historia escrita y difundida respecto de la región sobre estos temas y este periodo, ha sido escrita desde Santiago de Chile.

Isabel Torres y Manuel Gárate se refieren en la Presentación a la Edición en Español del libro “La Última catástrofe” de Henry Rousso, respecto de la propuesta de la Historia del Tiempo Presente, poniendo en cuestión aquella perspectiva más tradicional bajo la que se forma a los

¹³ Rousso, Henry. La Última Catástrofe. p. 13

historiadores, la cual exige una distancia a los autores respecto del tema, hecho o momento investigado, de manera que la subjetividad no contamine el objeto de estudio, explicando que el campo de estudio para la Historia del Tiempo Presente tiene que ver con aquellas historias que una y otra vez vuelven al presente, y que incluso pueden influir en el futuro¹⁴.

Lo anterior es importante señalar en esta investigación dado que si bien es evidente la pertinencia del estudio de la dictadura militar en Chile en esta línea historiográfica, no pareciera serlo cuando en ciertos sectores del quehacer historiográfico, político e intelectual chileno se plantea la cuestión de la “guerra del salitre” y lo que se desprende de tal tragedia, abordando el tema como si estuviera definitivamente superado y zanjado; sin embargo tal tragedia, y los procesos que con posterioridad le siguieron, como la chilenización, son cuestiones que siguen latentes hoy, especialmente para algunas comunidades, familias y movimientos en la región involucrada, por las implicancias que hasta hoy se perciben en la vida cotidiana, cuyas memorias no han sido archivadas, ni menos estudiadas.

Por otra parte, y sobre la actualidad que tiene esta investigación, el estudio de la chilenización y la memoria en dictadura de la región de Antofagasta, es que surgen temas de relevancia y que resultan importantes de revisar en función de una correcta comprensión y profundización del análisis, no solo del pasado, sino de los conflictos, debates y planteamientos del presente.

¹⁴ Idem.

“INDIO, ENEMIGO, NUNCA CHILENO”

IMAGINARIOS E IDENTIDAD DE LA REGIÓN DE ANTOFAGASTA DURANTE EL SIGLO XX

EL EJERCITO, LA IZQUIERDA Y LOS PUEBLOS “DEL INTERIOR”

Este trabajo parte desde la afirmación de que la dictadura no solo tuvo consecuencias puramente políticas y económicas, sino que sociales y culturales notorias, y que, probablemente, existió una política, al menos en línea de la idea de la chilenización, o un esfuerzo de la dictadura por retomar un proyecto chilenizador al que el Estado había quitado relevancia para mediados del siglo XX. En esta línea es importante identificar y comentar algunas políticas y acciones llevadas a cabo por el régimen y determinar si sus consecuencias correspondieron a simples daños colaterales, dígame indirectas o secundarias, o si dichas acciones llevadas a cabo tenían efectivamente entre sus objetivos generar transformaciones profundas hacia una chilenización más definitiva y permanente en la población (refiriéndonos principalmente a lo identitario y cultural).

Al hablar de chilenización es importante explicar que nos referimos al proceso impulsado por el Estado chileno a principios del siglo XX en las regiones anexadas posterior a la guerra del salitre. Proceso que “tenía por propósito borrar las diferencias culturales y establecer una homogeneidad identitaria nacional que asegurara la soberanía chilena en la zona”¹⁵.

Por otra parte, y en lo que se sustentará el desarrollo de esta investigación, tiene que ver con la visibilización y reconstrucción de una memoria existente respecto de este proceso chilenizador, aculturizador y homogeneizador, y las implicancias y significancias que tuvieron, diversas pero convergentes, para comunidades de la región estudiada, apoyándonos en la identificación, recopilación y análisis de fuentes y registros, ya existentes y nuevos, sobre el sentir y parecer de comunidades y sectores del pueblo regional, sobre lo que fue y significó la dictadura a nivel local. Para esto se tratará de dimensionar cuál fue el alcance efectivo de estas consecuencias, haciendo un contraste también con la realidad anterior, posterior y actual de la región, identificando algunos de los grupos sociales más significativos e involucrados, que representan histórica y legítimamente la base social e identitaria de la región de Antofagasta, principalmente en las dos capitales provinciales más relevantes como lo son Calama y Antofagasta.

Cabe mencionar que esta investigación ha acudido no solo a fuentes históricas, sino también a fuentes etnográficas y de investigadores ligados a la antropología, al contener y registrar un considerable número de relatos y memorias de pobladores y habitantes, principalmente de indígenas y sectores rurales de la región de Antofagasta, de periodos pasados, que adelanta cierto trabajo y permitirá de forma más expedita construir un análisis histórico acerca de la visión del mundo rural y del altiplano regional, por lo que el aporte principal y novedoso de este trabajo

¹⁵ Mercado, Javier. “Los inicios de la chilenización en Atacama: Una aproximación a las discursividades sobre el ‘indio atacameño’ durante la posguerra del Pacífico (1885-1910)”. p 4.

tiene que ver con una memoria relacionada al tema, pero desde las dos capitales regionales, Calama y Antofagasta.

El interés de aportar en construir una memoria que recoja problemas de la cultura y sociedad local de la región, pero enfocado principalmente en las capitales regionales, tiene que ver con la necesidad de superar una concepción, que aunque en retroceso, aún existente, y bajo la que la historiografía sobre el tema se han movido, basada en la idea de que la chilenización es un proceso vivido y limitado solo a los indígenas en sus pueblos, en el altiplano, ya que esos eran los sujetos y lugares por chilenizar y civilizar, lo cual podría tener cierta lógica desde una visión estratégica y geopolítica, y de priorización por parte del Estado chileno, al ser quienes se encuentran más cercanos a la frontera política trazada con Bolivia. No obstante, es relevante señalar que en el análisis dicha concepción arrastra también lógicas coloniales y racistas, al partir de la consideración de la ciudad como un espacio donde habitan personas “no indígenas”, sin necesidad de chilenizar en este caso, alimentando la idea de que el indígena, si vive en la ciudad deja de serlo, y que si quiere ser indígena debe vestirse y actuar de cierta forma, y vivir en cierto lugar, lo que por consecuencia termina empujando al indígena en la ciudad a renegar de su identidad, lengua y costumbres, para finalmente poder integrarse a la sociedad urbana o moderna.

Otra de las cuestiones que es importante poder al menos proponer para el estudio y debate histórico, es sobre qué tipos de reacciones correspondieron a estos grupos sociales, y, en qué medida podemos señalar que existió un ejercicio de resistencia cultural, ligado a los pueblos o comunidades originarias, la comunidad boliviana, y a grupos de la sociedad civil ligados a las tradiciones y la cultura regional, como, por ejemplo, fraternidades o agrupaciones folclóricas. Eventuales ejercicios de resistencia, que también habría que determinar si estarían ligados a una posición política o ideológica de oposición a la dictadura, ya que de forma aparente las políticas de la dictadura no demostraban o explicitaban tales objetivos “chilenizadores”, sino más bien, y de forma solapada, hacían ver aquellas políticas e iniciativas como parte de una tarea más grande y relacionada a la “defensa nacional”, de la “soberanía chilena”, aludiendo a la larga historia y conflictiva relación con el Estado Boliviano.

Lo que por otra y en gran parte, su concreción, no generaba un rechazo directo por parte de las comunidades originarias o indígenas aún muy ligadas a la vida en la ruralidad, sino que por el contrario, en variados casos fuera visto aquello como algo incluso beneficioso, en donde se hacía notar por primera vez y de forma intensa la atención y presencia del Estado, en regiones y lugares históricamente alejados de las grandes capitales y de las decisiones que se tomaban, pero que desde lo identitario y cultural empezaron a generar al menos contradicción e incomodidad en las comunidades ligadas a las tradiciones, la identidad y cultura originaria y regional. No es extraño escuchar comentarios por parte de personas, o incluso dirigentes, de izquierda, en regiones como Antofagasta y Tarapacá, refiriéndose a comuneros originarios como

“derechistas”, “simpatizantes de los militares” o que se “acomodaron a la dictadura”¹⁶, lo cual puede tener cuotas de realidad si se hace una revisión de los resultados electorales históricos de los últimos 40 años sobre las votaciones en comunas fronterizas como Ollagüe o Colchane, siendo de las pocas comunas donde ganó la opción “Sí” con más de 70% para el plebiscito de 1988¹⁷, lo cual probablemente se explica por lo ya mencionado, además de las políticas de municipalización y clientelismo que la dictadura hizo notar como obras positivas en ciertos lugares del altiplano. Lo anterior alimentó una percepción e imagen injusta sobre los indígenas “de derecha” en el altiplano, pero que no es representativo de la realidad ni la mayoría de este mundo, al concentrarse en las últimas décadas en las ciudades gran parte de la población originaria.

Es importante señalar que más allá de si la dictadura haya hecho o no explícita, entre sus políticas y objetivos, una chilenización, o idea similar, en la región de Antofagasta, es evidente la distancia o incluso apatía que existía por parte de la elite económica, social, a la cual el ejército pertenece y responde en lo político, hacia rasgos culturales e identitarios de la región, apatía que fue creciendo y construyéndose antes de la guerra, y reforzándose después, instalando en el imaginario social y popular, una imagen sobre los pueblos de las regiones anexadas después de la guerra, basada en el racismo, el centralismo y las lógicas coloniales, imaginario legado y compartido por la dictadura, lo cual desarrollaremos más adelante. Para nadie es extraño el pensamiento y asociación en el imaginario, de la identidad y cultura de la región con la identidad y cultura boliviana, y que no responde solo a una cuestión de cercanía geográfica o particularidad histórica, sino que efectivamente la región pertenece a una unidad cultural compartida con Bolivia, cuyos rasgos culturales, tradiciones en las comunidades y familias están vigentes, pese a los procesos de colonización, asimilación forzada y chilenización.

Lo anterior podemos evidenciarlo a partir de investigaciones y exploraciones impulsadas por el propio Estado chileno durante el siglo XIX, años previos a la guerra de 1879. Exploraciones que no solo demuestran el claro interés del Estado chileno y las elites de la época por los territorios atacameños y del Departamento del Litoral boliviano, sino también cuyas investigaciones y conclusiones registradas por exploradores o naturistas como Rudolf Philippi, enviados por el gobierno de Chile a mediados de los años 50 del siglo XIX, identificaban la cultura de los habitantes del territorio como perteneciente a una unidad cultural mayor, que abarcaba zonas de la puna Argentina, suroeste de Bolivia y esta zona de Antofagasta.

“No es menor el hecho que Philippi recorra estos lugares cuando aún pertenecen a Bolivia, 25 años antes de la Guerra del Pacífico. Con posterioridad a la guerra, era clave otorgar unidad a esta región y las hipótesis de Tschudi (1869) y de Schuller (1908) no son funcionales a la

¹⁶ Comunicación personal con Daniel Ramírez. Entrevista a Daniel Ramírez, Calama. Noviembre, 2022.

¹⁷ Morales y González, “Tendencias Electorales de los Grupos Indígenas en Chile”. p. 146.

integración de este territorio a Chile, pero sí lo será la hipótesis de San Román (1890) que asigna pertenencias de estas poblaciones y territorios al mundo andino septentrional”¹⁸.

La cita anterior nos habla de un Estado que de alguna manera busca construir una lógica a conveniencia que justifique la expansión de Chile hacia el norte, y una búsqueda por otorgarle a los pueblos de Atacama en Antofagasta una identidad “homogénea y diferenciada” de sus vecinos, y no perteneciente a una unidad cultural mayor. De alguna manera, era una forma de dividir naciones y pueblos, sin mayores dificultades, negando los complejos y profundos vínculos, historia y relaciones existentes en la puna, altiplano, desierto, y litoral, instalando la idea de que los habitantes de Antofagasta y Calama no tenían nada que ver en lo cultural o étnico, con Bolivia o los pueblos originarios aledaños. Además, tales ideas y teorías forzadas sobre estos territorios fueron evidentemente las que se asentaron en las elites gobernantes y el ejército, e inculcaron al resto de la sociedad chilena, lo que en dictadura se intentó reforzar en las ciudades y pueblos de la región, y tuvo su llegada final a los propios originarios, cuyos resultados se evidencian inmediatamente posterior a la dictadura y precipitadas por las nuevas políticas e incipiente institucionalidad indígena como lo sería la CONADI, en evidentes conflictos identitarios por parte de algunas comunidades indígenas de la región, quienes reniegan de parecerse o ser Quechuas o Aymaras (a pesar de serlo), más aún bolivianos, y apelan a una “identidad propia”, la cual es atacameña y por consecuencia chilena; aunque por el peso de la misma realidad, corresponde a una mirada que hoy va en franco retroceso, en favor de las ideas de plurinacionalidad. Como señala en referencia a este punto, en una investigación realizada a finales de los 90 y principios de los 2000, la antropóloga Victoria Castro,

“...Justamente es en estas ocasiones de reuniones colectivas, cuando los pobladores marcan las diferencias. (...). Esta aclaración manifiesta hay que apreciarla en su contexto; en esos momentos y ahora, prácticamente es una obligación apelar al nombre de “atacameños” para toda la gente indígena de la provincia de El Loa; de otro modo no es posible ser representados y reconocidos por la CONADI, aiquineños y toconceños tenían claro que de otro modo no podían acceder a los beneficios de este organismo; pero se encargaban de dejar en claro las diferencias. Sin duda una identidad necesaria para ser reconocidos por una entidad gubernamental, con los mismos derechos que los aymara de la primera región, los mapuche y los pascuenses.”¹⁹.

Si bien la referencia es acerca de un periodo posterior a la dictadura, se comprende que tales conflictos identitarios son de larga data, y es probablemente en los años 80 de la dictadura, de la mano del proceso de municipalización autoritaria, que en una búsqueda por definir una identidad que no generara conflictos a los indígenas de la región con el régimen, se halle su génesis.

¹⁸ Morales, Héctor. “Construcción Social de la Etnicidad: Ego y Alter en Atacama”. p. 148.

¹⁹ Castro, Victoria. “Atacama en el tiempo. Territorios, identidades, lenguas. (Provincia El Loa, II región). Anales de la Universidad de Chile VI serie: N° 13, agosto 2001). p. 11.

Pese a lo anterior y a los esfuerzos intelectuales y estatales de difundir estas teorías, para la óptica de la elite y sociedad chilena, los rasgos culturales e identitarios de las regiones anexadas después de la guerra del salitre, eran y seguían siendo evidentemente parecidos, sino los mismos, de la población boliviana, y por tanto correspondían a la cultura vencida, la cual era “india”, y además nueva y más lejana que por ejemplo la mapuche, y por lo tanto inferior, la que debía ser superada, reemplazada y asimilada por la chilena, la cual era más avanzada o superior.

En 1896, Francisco Javier San Román, en una de las obras más completas hasta la fecha de las exploraciones financiadas por el Estado Chileno, se refería a la población atacameña como “raza indígena degenerada, uraña a todo contacto con el hombre social; envilecida por la humillación; embrutecida por una ignorancia que excluye toda noción de cultura y lleva cada día más y más a esas pobres gentes al divorcio con toda idea de civilización.”²⁰. Lo anterior constata la idea bajo la que se sustentó el imaginario creado por la elite sobre las poblaciones de los nuevos territorios anexados, en donde se aludía a su situación de inferioridad y atraso, y por consecuencia, el rol superior y civilizador que tenía Chile frente a ellos.

Aunque para tales pueblos y habitantes de dicho territorio probablemente el ser boliviano antes de la guerra, no habría sido tan relevante, como si lo eran el ser lickan antay, aymara o quechua, cuestión que ancestralmente reafirmaba su pertenencia sobre dichos territorios (y que hoy la vuelve a reafirmar con fuerza), en los cuales si bien existían fronteras políticas definidas y acordadas desde las capitales, no tenían mayores implicancias y no entorpecerían de forma significativa la vida cotidiana de las comunidades de la región, especialmente las de la ruralidad, en cuanto a su libre tránsito, intercambio y comercio, lo que si empezaría a ser un tema con las permanentes políticas de chilenización, más aún en dictadura.

Jose Luis Martinez señala que,

“... al producirse a principios del s. XX la demarcación definitiva de la línea de frontera entre Bolivia y Chile, el Estado chileno desarrolló una activa campaña, presionando a los lugareños para que se definieran como chilenos y borrarán sus vínculos anteriores. Después, las comunidades vivieron otros dos momentos en que se incrementaron la presencia estatal y las presiones por introducir un discurso único, “chileno”, que desconocía los procesos históricos, comunitarios e identitarios locales.

Mientras en los años 60 se insistía en una historia nacional única, en la cual ni las comunidades indígenas ni sus identidades eran mencionadas (solo se hablaba de españoles, mapuche, y algo de los incas) en los años de la dictadura militar ese discurso fue contrapesado con una vigilancia que posicionaba a las comunidades “indios”, marcando fuertes diferencias con otras sociedades”²¹.

²⁰ San Roman, Francisco Javier. Desierto y cordilleras de Atacama. Santiago, 2012. p. 155.

²¹ Martinez, Jose Luis. Introducción, Revista Estudios Atacameños, N°39. 2010. P. 58.

En esta línea es que la cultura, la identidad, el colonialismo y la chilenización misma como conceptos, se vuelven relevantes de conjugar para la comprensión del análisis y la perspectiva que se plantea sobre la dictadura. Al hacer referencia a la construcción de la identidad regional, se asume que ésta parte desde una situación o posición de “otredad”. Esta idea tiene relación con una más amplia y temprana relacionada a los proyectos e ideales de nación que las elites de los nuevos estados latinoamericanos fueron forjando durante el siglo XIX, y en el caso chileno, para finales del siglo XIX y principios del XX, asumido principalmente por los tratados de paz como el de 1904 con Bolivia que oficializó la transferencia de territorios del litoral boliviano al poder del Estado chileno, se vieron enfrentados a otro desafío, como lo fue la anexión de tales poblaciones involucradas, cuyas implicancias aún se manifiestan, y que no es difícil de percibir en el constructo del imaginario social chileno, y mucho más fácil de identificar en el imaginario de los grupos más conservadores de la elite chilena.

Javier Mercado señala, con relación a los imaginarios y discursividades construidas en Chile a fines del siglo XIX y principios del XX, que estos,

“van configurando una dinámica rígida de inclusión y exclusión en el imaginario nacional chileno. Por una parte, se abre la posibilidad -incipiente, por cierto- para que las poblaciones atacameñas pasen a formar parte del proyecto modernizador chileno, siempre y cuando las prácticas propias de su cultura sean ‘guardadas y exhibidas en el museo nacional’ y se adopten por completo y de forma definitiva las prácticas propias de una sociedad ‘moderna y civilizada’. Por otra parte, las poblaciones indígenas de Atacama que persisten en prácticas concebidas como ‘bárbaras’, son excluidas del proyecto nacional y pasan a ser definidas como ‘bolivianas’, en definitiva, como extranjeras, ajenas e incluso contrarias a ‘lo chileno’”²².

Posterior a aquello, ya en el curso del periodo de la guerra fría, los ejércitos latinoamericanos empezaron a asumir como necesaria la política del “enemigo interno”, y de “seguridad nacional”, la cual tenía como base común el enemigo principal, que era el comunismo. Sin embargo, este enfrentamiento contra el enemigo interno, bajo las lógicas de las elites y los ejércitos nacionales, necesariamente requería de asegurar una hegemonía en los territorios nacionales, la cual no solo debía ser en cuanto a lo fronterizo o geopolíticamente hablando, sino también económica y cultural. De esta forma, y para que el proyecto de la dictadura pudiera llegar a todo el territorio, es que era necesario un avance de la presencia y hegemonía chilena hacia territorios donde todavía, para los años de la dictadura, no parecía total ni evidente, cuya punta de lanza evidentemente fue el despliegue del ejército. En otras palabras, el imaginario chileno de principios de siglo XX sobre el “indio boliviano”, especialmente por parte del ejército, no desapareció, sino que adquirió otra connotación, aún más negativa.

²² Mercado, Javier. Los inicios de la chilenización en Atacama: Una aproximación a las discursividades sobre el 'indio atacameño' durante la posguerra del Pacífico (1885-1910). 2007. p 12 – 13.

En relación a la visión de los militares, en el informe de Verdad Histórica sobre la cuestión indígena, elaborado el 2003, en el periodo de la Concertación, se señala que, aunque basándose en el caso de la región de Tarapacá puede ser extensivo a la región de Antofagasta,

“...la Doctrina de Seguridad Nacional encuentra una de sus expresiones más claras en la política educacional implementada a partir de 1973 en las zonas fronterizas en general y en la región aymara en particular, a través del establecimiento de las escuelas de Concentración Rural Fronterizas. A través de estas escuelas y de los contenidos de la educación que imparten, se trata de chilenizar, así como afianzar el doblamiento tradicional de la región deteniendo el proceso migratorio con fines geopolíticos.

Sin lugar a duda, este proceso educativo desconoció las particularidades culturales propias del pueblo aymara, lo que conllevó al desarraigo de los niños de su cultura, y en parte también se vinculó con las migraciones entorno a la ciudad. Además, este tipo de escuelas de concentración fronteriza, concebidas para albergar a un batallón en caso de guerra, constituyeron el símbolo más expresivo de la nueva ideología militarista.”²³.

Este punto que muestra la relación de la política educacional de la dictadura en estas zonas del altiplano con el quehacer militar, permite afirmar que muy probablemente el interés de las autoridades de la época, no era facilitar el acceso a la educación con la mirada progresista que otros sectores si podrían tener, sino facilitar materialmente la presencia y estadía militar en estas zonas, además de vincular de una vez a las comunidades con el Estado, donde los primeros contactos, y por tanto primeras impresiones, de los pobladores se desarrollaban bajo lógicas y ambientes militarizados en este periodo.

Don Armando Flores Cardani, chileno, nacido en Chuquicamata, quien realizara el Servicio Militar a comienzos de la década del 60 en la ciudad de Calama, y a propósito de uno de los episodios del conflicto fronterizo entre Bolivia y Chile sobre el río Lauca, comenta,

“entonces se llegó a un conflicto internacional, y en ese conflicto casi nos agarramos en una segunda guerra con los bolivianos, porque ellos dijeron que, si no se respetaba lo que ellos decían, ellos iban por lo menos a atacar Chile por el río. Entonces Chile no fue tonto, formó las FFAA de Copiapó a Arica en la frontera, por eso que lo estoy contando yo, porque yo estuve ahí.

Yo estuve en la frontera casi dos años, resguardando la frontera, porque según, los bolivianos iban a pasar a Chile. Y los bolivianos también tenían sus tropas al otro lado de la cordillera.

²³ Informe Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, 2003. p. 122.

... estuve prácticamente 3 años (haciendo el servicio militar), porque a nosotros nos tocó campaña primero, campaña en la cordillera, simulacro de guerra. Que es lo que hace el ejército en Chile, con tanques, con todo. Y había otro grupo que representaba al enemigo, y había que ganarle al enemigo, había aviones que pasaban y daban de baja, era muy bonito. Y eso se hacía con los de aquí de Antofagasta.”²⁴.

El anterior relato ilustra la intensidad y la prioridad que para el ejército y el Estado chileno ocupaba el tema fronterizo, particularmente en lo que respecta a las relaciones y regiones fronterizas con Bolivia.

Por otra parte, Doña Adriana Briceño, pobladora de Chuquicamata y esposa de don Armando Flores, al preguntarle sobre sus impresiones desde la ciudad, y en relación con este mismo conflicto del río Lauca en los años 60, comenta que,

“toda la vida los problemas los han solucionado los regimientos. El pueblo no ha solucionado nada. Esos son problemas de los regimientos, de los altos mandos. Incluso yo no tenía idea de la cuestión del Río Lauca.

... Yo creo que ni en Bolivia sabían lo del río Lauca. Esos son problemas de los grandes gobiernos y de los militares de ambos bandos. Ellos son los que se arreglan los bigotes, y sabrán como lo hacen, la mitad pa ti, la mitad pa mi, se repartirán las tierras, no tengo idea. Ni los chilenos ni los bolivianos tomados en cuenta para ninguna cosa”²⁵.

Lo señalado, aunque no podemos interpretarlo como representativo de una totalidad, si habla de un parecer existente respecto de este tipo de conflictos y el actuar del ejército para la época, en donde los pobladores de estas regiones involucradas si bien eran obligados a ser partícipes, no había un entendimiento y relato único, sino más bien una distancia clara entre las ideas y voluntad del ejército y el Estado, y las ideas y voluntad de quienes habitaban la región.

El antropólogo Hector Morales explica esta situación, a partir de los conflictos fronterizos de 1978 entre Chile y Argentina, en el cual en

“el área precordillerana de San Pedro de Atacama, fueron más recurrentes los contingentes militares que instalaron sus bases de operaciones en lugares estratégicos de la cordillera y el desierto. Es por ello que en esta zona primaron políticas de control militar y cívico, con el fin de ejercer presencia y, con ello, integrar a la nación a las poblaciones de alta movilidad interfronteriza, que históricamente habían estado en una situación de abandono y despreocupación estatal”²⁶.

²⁴ Comunicación personal con Armando Flores. Addison-Smith, Hugo. Antofagasta. Noviembre, 2022.

²⁵ Comunicación personal con Adriana Briceño. Addison-Smith, Hugo. Antofagasta. Noviembre, 2022.

²⁶ Morales, Hector. “Genesis, Formación y Desarrollo del Movimiento Atacameño (norte de Chile)”. p. 118.

Un relato importante que permite conocer la forma en que las comunidades originarias de la región, principalmente la Lickan Antay, percibieron la dictadura y la presencia militar, es el de Rony Gutierrez, originario de Peine, quien comenta la experiencia de sus familiares,

“...él (tío) me cuenta que de la noche a la mañana empezaron a pasar los camiones, dirigiéndose a las comunidades, especialmente en Peine, que es de los últimos pueblitos que quedan habitados, cercanos a Argentina. Y dice que empezaron a bajar, hicieron unas reuniones con las comunidades, y lo que les pidieron que entregaran las armas. Supuestamente las armas que tenían los campesinos, que de repente en esa época se cazaban vicuñas, guanacos, y la gente andaba con sus pequeñas escopetas, o rifles en realidad. Y algunas personas tuvieron que entregar rifles. Y se hizo el bando que la gente tenía que entregar las armas, fue lo primero que hicieron los milicos.

Luego de ahí empezaron a quedarse en los pueblos, especialmente fueron a Tilomonte, allá hicieron su centro de operaciones. Queda como a 10 kilómetros de Peine. Como habían sembrados, había más cultivos ahí, los milicos empezaron a comerse el maíz, lo que había. Y también exigían a los pueblos, que le diéramos comida, porque andaban muertos de hambre, muertos de sed”²⁷.

“Las llamadas “fronteras interiores”, aquellas áreas marginales a las expansiones y los controles estatales pasaron a ser percibidas como espacios ambiguos donde se podían producir eventuales confrontaciones entre las perspectivas hegemónicas. Y de hecho se produjeron. Estos espacios, muchas veces poblados por pueblos indígenas o un pobre campesinado, con frecuencia sometidos a los más bárbaros mecanismos de explotación neocolonial, constituían (y constituyen) un reservorio de profundo descontento social y político. En ellos fijaron su acción tanto las fuerzas armadas estatales orientadas por las doctrinas de “seguridad interior”, así como algunos de los movimientos contestatarios de la época, intentando que las culturas locales participaran como peones en esa perversa partida de ajedrez que llevaba a la humanidad hacia el abismo”²⁸.

La cita anterior puede dar cierta explicación a lo narrado por Rony Gutierrez, y además se refuerza el planteamiento sobre la visión que los militares y la elite chilena fueron construyendo durante el siglo XX, que se reforzó con las dictaduras militares de los años 70, donde el indio, en este caso no solo era un “otro”, sino que constituía por historia y cultura, peligro inminente para la seguridad nacional y la soberanía chilena, a través del cual el comunismo podía penetrar y perjudicar los intereses del régimen.

²⁷ Comunicación personal con Rony Gutierrez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

²⁸ Bartolomé, Miguel Alberto. “Movimientos indios en América Latina. Los nuevos procesos de construcción nacionalitaria”. p. 153.

Siguiendo la experiencia comentada por Gutiérrez, poblador Lickan Antay, sobre la chilenización, se menciona la llegada de más profesores para chilenizar y castellanizar, para dejar de lado todas las tradiciones y costumbres, darle saludo a la bandera, la instauración de desfiles reforzando fechas como el 21 de mayo o 18 de septiembre. También constata la construcción de un “regimiento” en San Pedro de Atacama, y la existencia de un centro de detención y tortura, en el pueblo²⁹.

Algo relevante de lo planteado por Morales es la mención que hace de “movimientos contestatarios” de la época, probablemente de izquierda, y los intentos de hacer partícipe a las comunidades de una forma casi instrumental en la lucha política que se desarrollaba principalmente en las ciudades, en las que las reivindicaciones identitarias, culturales, territoriales, no ocupaban un espacio prioritario, o simplemente no eran tema aún, salvo algunos casos particulares (y muy marginales en Chile para la época). Esta situación, es evidentemente una arista por estudiar, y que se acerca bastante a la realidad de gran parte de la izquierda política y grupos revolucionarios con centrales en Santiago de Chile, y con presencia en todo el territorio nacional, donde el accionar y despliegue político, en gran parte de los casos, pasaba por alto este tipo de elementos propios e ineludibles de la realidad latinoamericana, así como las particularidades de cada región. Realidad que sin embargo existía, y que nos habla de una política con dejos muy colonialistas en el Chile del siglo XX, donde cuestiones y opresiones étnicas, culturales, identitarias o de género, sucumbían o se diluían en lo medular que resultaba una política “pura” y “de clase”.

La memoria de la dictadura con la que se pretende generar un dialogo, ya tiene precedentes referidos a la experiencia de la guerra del salitre, principalmente entre las comunidades originarias de la región, que nos permite entender en muchos casos cuál ha sido la forma de asumir tales hechos como la anexión chilena, en palabras de don Juan Ayaviri del pueblo atacameño de Toconce,

“...bueno en aquel tiempo era casi boliviano todo. Todo esta parte, desde Antofagasta, a donde era. Con la idea de ese tiempo, del 79, cuando hicieron la guerra. Mucho boliviano, después ya, cuando hicieron 79, el año 80 parece que ya nacionalizaron aquí po, chileno. Y quedamos muchos aquí po, por nacionalizados chilenos. Andaba mucho Comisión y decía el finado mi papa, ah, decía que usted va a quedar ahora chileno, o si quiere irse a donde pertenecía la raya, se va para su tierra, a Bolivia. O si quiere nacionalizar por chileno, aquí al tiro le anotaron. Le cambio todo, le dijo, por chileno.”³⁰.

Se desprende de este testimonio que existe una consciencia histórica por parte de los originarios de que fueron obligados a “ser chilenos”, y que tuvieron que “dejar de ser” bolivianos, y, además, constata la persistencia hasta nuestros días de una concreta memoria respecto de lo

²⁹ Comunicación personal con Rony Gutierrez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

³⁰ Testimonio de don Juan Ayaviri, Toconce, 1984. “Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, y el Estado y la sociedad chilenos. Siglos XIX y XX. Martínez, Jose Luis. 1994.

acontecido hace más de un siglo, aún en los años 90, cuando fue registrado este relato, lo que habla del impacto de tales hechos para las comunidades.

Esta “otredad” de la que hablamos anteriormente desde la perspectiva chilena, entendida como la construcción de una identidad que se considera y percibe como inferior, algo que es parte, pero que se posiciona e identifica como “otro”, aludiendo a una categorización racializada inferior, en el caso chileno del siglo XIX, ese otro era el “indio mapuche”, el cual, aunque de forma violenta y forzosa fue paulatinamente integrándose al discurso, historia e identidad nacional. Eran algo inferior, pero algo que ya se entendía como chileno, y parte de un relato histórico, como señala Mercado “...el imaginario predominante sobre el mapuche hacia la segunda mitad del siglo XIX y en el contexto de ocupación de la Araucanía por parte del Estado chileno, fue el de un sujeto integrado a la nación, pero destinado a ocupar el lugar del excluido”³¹.

Sin embargo, para finales del siglo XIX, ya transcurrido el conflicto de la guerra del salitre y concluido con la anexión de los bastos territorios del que fuera el departamento boliviano del Litoral Antofagasta y la provincia peruana de Tarapacá, el lento tránsito de esta identidad y proyecto nacional chileno, se vio enfrentado a este nuevo dilema.

Por otra parte, Sergio Gonzalez Miranda, refiriéndose a las políticas desarrollistas impulsadas por el Estado chileno en la década del 40, las cuales expandieron el alcance de la educación pública en el territorio nacional comentaba que

“...para el Estado el sinónimo de pueblo indígena era pueblo mapuche, y la educación indígena era también asimilacionismo cultural, que se confundía entonces con una propuesta progresista, igualadora y democrática. En 1945, en la escuela normal de Antofagasta (decreto orgánico 9.189) se formarán maestros chilenizadores preparados para ejercer en las comunidades indígenas andinas...”³².

Este ímpetu progresista sería muy importante, ya que será el reflejo del nuevo periodo manifestado en la construcción del Estado docente, benefactor, la sustitución de importaciones, un modelo que a partir de los años 40 demandó una expansión del sector público y rol del Estado, apoyado principalmente por la izquierda, y, aunque de buena fe, sin mayores cuestionamientos a las formas e implicancias que tendría esta llegada del Estado como un agente educador, civilizador y chilenizador, natural para el contexto.

Finalmente, ese “otro” que ya existía en Chile, se volvió un otro ya asumido e integrado, frente a este nuevo “otro” indio, cuya carga histórica e identitaria lo elevó a una nueva situación de otredad, aun mas inferior y lejana, por lo que la integración, no fue la primera opción para los sucesivos gobiernos y las elites gobernantes, sino más bien la negación, la asimilación, la chilenización, y el etnocidio decretado a través de estas políticas. Esto constituyó la forma en

³¹ Mercado, Javier. “Los inicios de la chilenización en Atacama: Una aproximación a las discursividades sobre el ‘indio atacameño’ durante la posguerra del Pacífico (1885-1910)”. p. 5.

³² Gonzalez, Sergio. “Chilenizando a Tunupa”. p. 75.

que, a través del Estado y sus instituciones, las elites desde Santiago de Chile proyectaron una visión e idea sobre la población y las culturas locales al conjunto del país.

La autora Elizabeth Sosa explica el concepto de “otredad” refiriéndose al “...sujeto periférico que fue narrado y contado por otro, visto a través del otro y representado a través de los rasgos interpretados por otro. De esta manera se constituye el espacio del “otro”, la otredad, concepción que establece especificaciones puntuales sobre la cultura del otro como la cultura periférica, el sujeto social que hizo su espacio cultural en los bordes”³³.

Es interesante analizar la “verdad histórica” que el mismo pueblo Lickan Antay a través de sus representantes en la Convención Constituyente por la visión sobre si mismos y de su propia historia. De suma importancia no solo por el contenido y el aporte a la memoria histórica regional, sino por ser probablemente de las pocas veces, sino la única, que los pueblos originarios se convocan en un espacio institucional para contar su propia historia, lo que implica una ruptura política definitiva con la historia oficial y una agónica concepción de Estado.

“La colonia continuó hasta 1825, año en que Bolivia declara su independencia y anexa a la Lickana al departamento de Potosí, para luego anexarnos a un nuevo departamento que llama el Litoral, ya que llegaba hasta Antofagasta, Tocopilla y Mejillones. Bajo el Estado de Bolivia nada fue diferente, el despojo continuaba, luego el año 1879 con la guerra del pacífico, y tres estados se repartían nuevamente la Lickana. En 1904 tras el tratado de paz y amistad, somos anexados a Chile, en donde otra vez más nada cambió, es más, fuimos chilenizados, desde la capital, al querer homogeneizarnos, homogeneizar nuestra cultura, su cultura, fuimos discriminados, segregados y desplazados hasta el día de hoy. Nuestro territorio es ancestral, y hoy día la Lickana abarca parte del noreste de Argentina, en Bolivia parte de la provincia del Potosí, y en Chile, gran parte de la región de Antofagasta, una región que ha sido reducida a un campamento minero, sin embargo, sus pueblos aún estamos vivos y somos la evidencia de la identidad indígena”³⁴.

En la cita anterior, se identifican dos cuestiones importantes. Primero se constata un relato histórico determinado por la conciencia de una situación de opresión colonial que en sus palabras no ha cambiado, y solo se ha transformado bajo nuevos Estados, situación de la cual son evidentemente críticos; y por otra parte a considerar, es la impronta que hace sobre la anexión a Chile, la chilenización y consecuencias negativas para su nación, lo cual eleva la cuestión de la guerra del salitre y sus consecuencias, a una categoría de “catástrofe”, con consecuencias “hasta el día de hoy”, es decir esta no es una catástrofe solo para el pueblo boliviano, de un lado de la frontera, sino que para la región y sus comunidades también.

³³ Sosa, Elizabeth. “La Otredad: Una Visión del Pensamiento Latinoamericano Contemporáneo”. p. 360.

³⁴ Pueblo Nación Lickan Antay ante Comisión de DDHH, Verdad Histórica y Bases para la Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición. Anza Ckolamar, Ximena. 2021.

Así la chilenización para las comunidades originarias se vio reflejada en una cada vez mayor presencia del Estado en las zonas más marginales de la región, especialmente para los pueblos ubicados en Atacama La Grande y Alto Loa.

El historiador José Luis Martínez explica que,

“Aproximadamente desde los años veinte del presente siglo (XX), se desarrolló un proceso más o menos acelerado de implantación de la presencia estatal y de penetración sociocultural entre las comunidades de la región atacameña. Son, de una u otra manera, los años de pérdida de identidad, de la vergüenza de ser indio; los años del abandono del lenguaje y de la integración, como mano de obra asalariada, al mercado minero y urbano. Es el periodo de máxima presencia estatal. Se crearon escuelas y postas de construyeron retenes policiales y puestos militares fronterizos, la frontera de rigidizó y se intentó impedir el paso hacia y desde los países vecinos, etc. La creciente presencia estatal alcanzó su clímax en el decenio 1980-90, durante el cual la fuente de integración más importante para quienes aún no habían emigrado llegó a ser el POJH y el PEM.”³⁵

Martínez plantea que la mayor presencia estatal se alcanzó en los años 80, a través de políticas como el PEM y el POJH³⁶, lo que podría entenderse como la forma en que algunos se integraron económicamente al trabajo asalariado, quienes probablemente aun persistían en formas de vida ligadas al pastoreo y agricultura. Esta situación fue casi paralela al diseño de una serie de nuevas normativas e iniciativas de la dictadura, en el marco de la implementación su plan económico, el cual, en el caso de los territorios habitados por las comunidades, iba dirigido a la privatización, división, de las tierras y recursos como el agua, favoreciendo intereses mineros en desmedro de los habitantes de los pueblos y sus formas de vida. En esta línea, para la instalación del neoliberalismo durante la dictadura, era necesaria no solo la asimilación cultural de estos pueblos, sino también su integración económica y laboral, de la forma que se señala.

Anza explica en su misma exposición sobre verdad histórica del pueblo Lickan Antay que “normas como el decreto de ley 2568 del año 1979, señalan que dejarán de considerarse tierras indígenas e indígenas sus dueños y adjudicatarios, con el objetivo de liquidar, dividir y subdividir las comunidades indígenas, es decir, un etnocidio legislado, lo que continuó con el aún vigente código de aguas del año 81...”³⁷.

³⁵ Martínez, José Luis. Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, el Estado y la sociedad chilenos. Siglos XNX y XX. 1994. p. 206.

³⁶ El Programa de Empleo Mínimo (PEM) creado en 1975 y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH) creado en 1982, fueron políticas implantadas por la dictadura destinadas a enfrentar la crisis económica y a subir las tasas de ocupación en Chile, entregando trabajos precarios y de mínimas remuneraciones.

³⁷ Anza Kkolamar, Ximena. Pueblo Nación Lickan Antay ante Comisión de DDHH, Verdad Histórica y Bases para la Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición. 2021.

Tal etnocidio señalado por la comunera Lickan Antay tiene sentido al analizar las consideraciones explícitas que realiza la dictadura explicando tal decreto:

“Considerando:

1°- La necesidad de terminar con la discriminación de que han sido objeto los indígenas, situación que la legislación vigente no ha permitido superar;

2°- El hecho que la denominada "Propiedad Indígena" ha sido fuente de numerosos problemas, los que han constituido serias barreras para el progreso de la población indígena;

3°- La aspiración evidente de los indígenas de llegar a ser propietarios individuales de la tierra, comprobada por las divisiones de hecho que entre ellos han efectuado;

4°- Que dichas divisiones han generado la existencia de minifundios con limitaciones mayores que las que afectan a los demás minifundios del país, tanto por la imposibilidad de sus poseedores de obtener créditos y asistencia técnica como por la circunstancia de que, en términos generales, tales divisiones no son legalmente reconocidas, sino en casos excepcionales,”³⁸.

Poniendo especial atención al punto tres, donde se hace alusión a una supuesta “aspiración evidente de los indígenas” de ser propietarios individuales de tierras y bienes, y por tanto abandonar la forma de vida y propiedad comunitaria y originaria del mundo andino, conocida como Ayllu, constituyéndose así, junto a los procesos de municipalización de los pueblos del altiplano regional, en las nuevas formas institucionales, y unas de las muestras más clarificadoras de las intenciones de este esfuerzo chilenzador de la dictadura para con las comunidades, que con la intensificación de un extractivismo de carácter neoliberal, han llevado a los pueblos andinos a procesos de resistencia hasta la actualidad.

Lo expuesto por Anza se condice con el relato de una dirigente atacameña respecto de disputas por el recurso vital del agua, durante la dictadura, quien recuerda que “...lo primero que hace el gobierno militar es estimular la inscripción individual de este recurso. Una de las primeras actividades como dirigente fue un catastro de las Mercedes de Agua inscritas. Hasta ese momento, toda nuestra gestión vecinal giró en torno a la no inscripción individual del recurso, por una inscripción comunitaria. Esto fue un éxito, puesto que no se inscribieron individualmente, contrariando a las autoridades de la época y recién el año 96 se inscribe comunitariamente”³⁹.

Lo anterior es relevante, ya que la situación del agua y las tierras, y el hecho de haber contrariado a las autoridades de la época, puede constituir desde esta perspectiva, un ejercicio de resistencia cultural, frente una chilenzación, esta vez de carácter neoliberal.

³⁸ Decreto Ley N° 2.568.- Santiago, 22 de marzo de 1979. Biblioteca del Congreso Nacional.

³⁹ Dirigenta social atacameña 2009. Morales, Hector. “Génesis, formación y desarrollo del movimiento atacameño (norte de Chile)”. p. 115.

La regionalización de Pinochet en 1975, la creación de la Municipalidad de San Pedro de Atacama en 1980, la formación de nuevas Juntas de Vecinos como nueva forma de organizar y dividir a los pobladores del sector de la Lickana (territorio Lickan Antay), fue una forma modernizadora desde la perspectiva estatal, pero sin duda chilenezadora, ya que por lógica suponía la superación de las formas de organización comunitaria tradicionales.

“Todo ello bajo el autoritarismo imperante y la ausencia legal de la participación política. En este contexto, el año 1982 se designa un alcalde. Antes de las reformas, toda la zona del salar de Atacama pertenecía a la Municipalidad de Calama y particularmente en el poblado de San Pedro de Atacama, existía una junta de vecinos con una serie de comités vecinales, correspondiendo estos últimos a los actuales ayllus.”⁴⁰.

CIUDAD, ORIGINARIOS Y LA IZQUIERDA

Es un objetivo de este trabajo constatar, la situación en que la historiografía tradicional chilena, e incluso la más social, o comprometida con las causas populares, quienes han estudiado y trabajado la cultura, o movimientos populares, sociales o del mismo movimiento obrero, han hecho, por acción u omisión de esa perspectiva, construcciones “desde” Santiago de Chile, cayendo, a mi parecer, en sesgos centralistas, coincidiendo en aquello con la historiografía más conservadora u oficial chilena, entre cuyos objetivos centrales, por supuesto, siempre ha estado la búsqueda de legitimación de la soberanía y sobre hechos como la invasión y anexión de los territorios de Antofagasta, Tarapacá y Arica. Así, pareciera no haber conciencia de que antes de la invasión chilena en estos territorios ya había historia y humanidad, la cual no desapareció con la conquista chilena, sino que vivió un proceso de represión, opresión, asimilación, pero de persistencia hasta nuestros días, “en la mayoría de los casos no se trata de una mirada historiográfica centrada en el indio, sino que más bien en las regiones o áreas de ellas donde es importante la presencia indígena atacameña o aymara. Por lo tanto, no se trata de una historia indígena, sino de las ciudades o de los asuntos regionales desde la perspectiva de los grupos dominantes o los centros de poder, donde lo indígena resulta más o menos periférico.”⁴¹.

De esta manera, la historiografía contemporánea chilena, casi de modo transversal ha contribuido a fortalecer y esparcir sin mayor reflexión o interés la idea chilenezadora de la elite santiaguina de que la historia, o la historia más relevante, de Antofagasta y Tarapacá, parte con el periodo salitrero industrial y el movimiento obrero organizado por chilenos, y ocurriría principalmente en las ciudades, lo cual, por cierto, es bastante discutible si tan solo nos percatamos de la presencia no menor de población originaria, andina, boliviana, no solo en la ruralidad, sino en las ciudades, y centros industriales y de concentración obrera.

⁴⁰ Morales, Hector. “Génesis, formación y desarrollo del movimiento atacameño (norte de Chile)”. p. 117.

⁴¹ Gundermann, Hans; Gonzalez, Hector. “Sociedades indígenas y conocimiento antropológico. Aymaras y Atacameños de los siglos XIX y XX”. p. 117.

“De acuerdo a documentos obtenidos desde el Archivo General de Bolivia, en Sucre, la Lickana tenía comunidades en Antofagasta, Cobija, Quillagua, incluso Tocopilla y Mejillones”⁴².

Tales palabras de la comunera del pueblo de Caspana, y representante del pueblo nación Lickan Antay, leídas del informe de Verdad Histórica presentado en el contexto del debate de la Convención Constituyente, vienen a constatar una conciencia entre las comunidades originarias de la región sobre la existencia de presencia ancestral, y de un sentido de pertenencia comprendida no solo sobre pueblos fronterizos y del altiplano como la historiografía más tradicional ha instalado, sino que también su presencia se extendía a los territorios de las principales ciudades regionales. Esta cuestión es un elemento relevante en el análisis, puesto que el discurso oficial que la chilenización y el Estado ha sostenido, tiende a marginar históricamente la presencia de las comunidades originarias hacia la ruralidad, en este caso el altiplano, dejando ver la tarea del proceso de poblamiento y desarrollo urbano como algo exclusivo de los chilenos, alimentando de esta forma también una visión racista y colonial sobre la región, en donde en otras palabras, lo moderno, lo civilizado, corresponde a lo chileno y posterior a la guerra, y los “indios” estaban concentrados en el altiplano y los andes, como parte del pasado.

La antropóloga Victoria Castro señala que

“...a través del tiempo, la plata de Caracoles, el auge del salitre, el trabajo en las azufreras, las obras del ferrocarril y las aducciones de agua han sido espacios ocupados laboralmente por los pobladores de El Loa, con el objeto de obtener el circulante necesario para subsistir. Este sistema económico está permanentemente en tensión, sea por la falta de agua para las actividades tradicionales, sea por la escasez de trabajos remunerados, pero de una u otra manera, por innumerables mecanismos, los lugareños han logrado arreglos que les permiten seguir existiendo vinculados a sus lugares de origen, no obstante que la mayoría de las familias, poseen casas en Calama, fundamentalmente para poder acceder a la educación formal para sus hijos”⁴³.

Lo que nos permite afirmar, en la misma línea de Anza, que la presencia y afluencia de pobladores originarios en las ciudades no solo es ancestral, sino que ha sido un fenómeno permanente, principalmente en lo que refiere al siglo XX hasta la actualidad, y por lo que, además, la influencia y cultura andina en las principales urbes regionales, de forma lógica, es parte fundamental y base de la identidad no solo de los pueblos del interior, sino también de la ciudad. De esto se podría inferir hoy, hasta cierto punto, que la chilenización no solo tiene lógica y competencia exclusiva para los pueblos del altiplano y puna regional, sino también para centros urbanos como Calama y Antofagasta.

Por otra parte, consultado por las nociones del proceso de chilenización que tiene, y refiriéndose a la comunidad boliviana, Daniel Ramírez, concejal y oriundo de Calama cuenta que,

⁴² Anza Kkolamar, Ximena. Pueblo Nación Lickan Antay ante Comisión de DDHH, Verdad Histórica y Bases para la Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición. 2021.

⁴³ Castro, Victoria. “Atacama en el tiempo. Territorios, identidades, lenguas. (Provincia El Loa, II Región). Anales de la Universidad de Chile, VI serie: N° 13, agosto 2001. p. 10.

“con el tiempo esto se empieza a chilenizar con la llegada del sureño que venía a hacer verdaderas exhibiciones del campo del sur chileno, y ahí se forma el Club de Rodeo el año 52 donde hacen esos toreos, e invitan a la gente. Porque eso era la chilenización desde el punto de vista de ellos ... En ese sentido empezaron a arrinconar un poco al pueblo boliviano, pero el pueblo boliviano se desenvolvía acá. Esta plaza (de armas de Calama), estaba los días domingo lleno de bolivianas de pollera, que eran las asesoras del hogar que tenían la gente pudiente, como también los miembros de la Chile Exploration Company.”⁴⁴.

Lo anterior es relevante ya que constata la notable presencia boliviana para los años 50, incluso en tiempos de avanzada la chilenización, cuando la influencia y presencia de capitales norteamericanos con motivo de la explotación minera llegaba a su mayor auge en la zona, en clara alianza con la oligarquía chilena.

La cultura y la identidad regional supo no solo trascender, sino construir y profundizar una crítica contra las políticas coloniales, chilenizadoras u homogeneizadoras, y en la actualidad proyectándose soluciones en demandas de descentralización o plurinacionalidad. En esta línea, es importante señalar que el interés de esta investigación surge de una preocupación relativa a los procesos culturales y sociales actuales que se cruzan con las identidades locales, los pueblos originarios y el mismo movimiento indígena, y los debates intelectuales y políticos que desde ahí han revivido con fuerza.

En dirección de la crítica deslizada anteriormente, la relación, trato y visión histórica que la izquierda chilena y los grupos políticos de izquierda han tenido para con las identidades regionales y locales, y concretamente, con los grupos que representan y militan en la cultura, es una relación que preliminarmente se podría asumir de cercanía natural, sin embargo, ha sido más bien distante o superficial, y que, siendo bastante críticos, ha pecado de colonial, racista o incluso chilenizadora, pero que de forma evidente, también, y para ser justos, ha sido más respetuosa o menos violenta que la actitud de sectores políticos de derecha y de la línea de la dictadura militar chilena. Esto a partir también de ciertas confrontaciones y críticas políticas que se han hecho notar por parte del movimiento indígena y sectores regionalistas hacia la política elaborada por estos grupos y militancias de izquierda, un tema o crítica con bastante asidero, por cierto, y de larga data si por ejemplo consideramos aprensiones que de forma clara mismos militantes de izquierda han expuesto, como es el caso de Áime Césaire en su Discurso Sobre el Colonialismo, que parece pertinente mencionar a propósito del contexto en que se dan con fuerza estos debates.

Esta realidad ha llevado, en un país de características latinoamericanas, con un desarrollo industrial aun precario durante el siglo XX, por tanto, con una clase trabajadora no hegemónica o totalizante en las capas populares, con persistencia aún de sectores campesinos cuya vida en la ruralidad está determinada por lo indígena, a una distancia y tardanza en las relaciones e

⁴⁴ Comunicación personal con Daniel Ramírez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

involucramiento político entre las primeras luchas del comunismo ortodoxo y el marxismo clásico con la realidad de esta otra gran parte de la sociedad.

Wallerstein lo explica de una manera muy clara en su introducción al libro “Discurso Sobre el Colonialismo”, al referirse al tema central relacionado a las reivindicaciones políticas y culturales de los intelectuales del mundo no europeo, “(...) Se trata de la búsqueda de una igualdad genuina, que no suponga la asimilación bajo algún supuesto modelo blanco o europeo y que permita la afirmación y la recuperación de la identidad de los que han sido históricamente oprimidos. El dilema radica en cómo llegar a ese objetivo. (...)”⁴⁵.

De acuerdo con la anterior cita, lo que más interesa recalcar es esa necesidad de búsqueda por parte de los sectores oprimidos de nuestra región, de una igualdad, que implique una lucha no solo por superar la explotación económica, sino también la colonización y opresión cultural e identitaria que se ha arrastrado y que se ha transformado, al igual que el capitalismo lo ha sabido hacer. Es relevante cuando se habla de no solo *afirmación*, que implica ya un reconocimiento de estas identidades oprimidas a lo largo de la historia, sino también la *recuperación*, que implica de todas formas un debate intelectual y político profundo, que lleve a un replanteamiento de los programas y luchas políticas de grupos y partidos políticos de izquierda, la integración y unidad con los movimientos sociales e indígenas de nuestra región, debate que en mayor o menor medida existe, y que cada vez adquiere mayor intensidad, y que ha tenido expresiones y materializaciones políticas concretas, de la mano de proyectos importantísimos en la actualidad, como lo es la plurinacionalidad, efectiva en Bolivia, pero que ha marcado un camino para el resto de Latinoamérica.

Apoyándonos en lo trabajado por el investigador Javier Mercado, en relación a la construcción de los imaginarios en el proceso de anexión e integración al discurso nacional de los pueblos de la región de Antofagasta posterior a la guerra del salitre, el autor identifica, entre los medios de prensa local de principios del siglo XX, ligados a la oligarquía de la época salitrera, alusiones y descripciones sobre las formas de vida de los obreros pampinos en las oficinas, lo que a pesar de ser referencias de prensa oligárquica (y que por lo tanto merece cuidados, cuestionamientos y consideraciones correspondientes a la hora de interpretar y analizar tales referencias), nos permite constatar estas distancias entre el convivir de obreros chilenos e incluso peruanos frente a los “paisanos” que serían los bolivianos (en la época incluyendo en esta categoría también a originarios de la región)⁴⁶.

Estas referencias, además exponer aquello que analiza Mercado, y de reflejar el imaginario construido desde la élite chilena respecto de los pueblos de los territorios anexados del norte de Chile, sobre una inferioridad, y todo lo negativo que representaban aquella identidad del “indio boliviano” que tratamos anteriormente, genera interrogantes a atender en un futuro, que nos

⁴⁵ Wallerstein, Immanuel. Césarie, Aimé. pg. 8, Introducción, Discurso Sobre el Colonialismo.

⁴⁶ Mercado, Javier. “Los inicios de la chilenización en Atacama: Una aproximación a las discursividades sobre el ‘indio atacameño’ durante la posguerra del Pacífico (1885-1910)”. Revista Electrónica Parinas. 2007. p. 14.

permitirían generar una mejor comprensión de la evolución histórica de la relación entre el movimiento obrero “chileno”, con los sectores de gran relevancia entre de las masas obreras como lo eran bolivianos e indígenas lickan antay, aymaras y quechua. Y en esa misma línea, investigar si esta situación narrada por la prensa chilena y local de la época tenía un correlato y se reflejaba en lo que sería la conformación de las primeras organizaciones obreras políticas, entre las que el Partido Comunista de Chile (Obrero Socialista en esa época) ocuparía un lugar central y protagónico, en otras palabras, si acaso la izquierda política en la región integró en su organización, lucha y reivindicaciones a bolivianos e indígenas, o por el contrario no los incluyó. Lo que preliminarmente se puede señalar aquí es que, si bien bolivianos e indígenas pudieron haber participado activamente de sindicatos y movilizaciones, su papel participación y el papel que ocupaba estaba relegado al del sujeto excluido y en desventaja, tal cual desarrollamos anteriormente respecto de la situación de “otredad” que fue construyendo la elite chilena sobre la población originaria de la región de Antofagasta, idea irradiada e instalada entre las capas populares chilenas.

Nelly Lemus Villa, militante emblemática del Partido Comunista de Antofagasta, profesora pampina normalista, exonerada en dictadura y referente cultural de la región y Chile, hoy con 84 años, al preguntársele sobre sus primeras memorias y vivencias en la pampa atacameña y el salitre, y en particular sobre las relaciones en el mundo obrero entre chilenos y bolivianos u originarios, comenta,

“Yo recordaba lo que me contaba mi padre, pocas veces hablaron de los bolivianos acá, los peruanos acá, pocas veces. Hacían algunos chistes los chilenos, y en los chistes quedaba claro que como chilenos teníamos un menosprecio hacia el boliviano, fundamentalmente, y yo pensaba porque, porque fue impuesto desde la oligarquía, desde la forma de trato, esa mirada. Entonces mi padre me decía, ahí yo hice mi servicio militar en Calama, y el era de Catemo, o sea mi padre fue un enganchado, llegó enganchado del sur. Entonces este enganchado hizo el servicio militar en Calama, y ahí decía, salíamos, cuando salían de franco, los días de permiso que salían, y ahí bailábamos con las cholitas.”⁴⁷.

Lemus si bien habla de un periodo anterior a la dictadura, de la época de auge del salitre, nos permite reconstruir como y de que tipo fueron las relaciones entre el obrero chileno y el originario, lo cual muy probablemente se extrapola a la forma de las relaciones existentes en el nacimiento del movimiento obrero y partidos políticos como el Partido Comunista en las primeras décadas del siglo XX, instancias fundamentalmente copadas y dirigidas por chilenos, y con probable ausencia o mínimo de participación del obrero originario o el boliviano.

Por otra parte, al preguntarle sobre la cuestión identitaria o indígena en el periodo de la dictadura, levemente comenta que “...cuando de pronto nosotros nos vemos atropellados, vejados, martirizados en la dictadura, ni siquiera con ese horror, ese horror no te habló de

⁴⁷ Comunicación personal con Nelly Lemus. Addison-Smith, Hugo. Antofagasta. Noviembre, 2022.

Quechua, de Aymara, ahí el enemigo eran los comunistas, con decir eso, ya era la palabra mágica, donde podía romper y deshacer, porque había que echar a los marxistas.”, como una forma de explicar que en dictadura el peligro máximo era ser comunista, y por tanto el tema étnico no constituiría un elemento fundamental en el quehacer de la dictadura, ni de los comunistas⁴⁸.

Pese a lo anterior, y aunque al parecer de forma muy marginal ya avanzada la dictadura, hubo militantes indígenas, como el caso de Rony Gutiérrez, originario Lickan Antay de Peine, quien, en su traslado a la ciudad en los años 80, manifiesta empezó a adquirir consciencia y a conocer los movimientos sociales y culturales, integrándose al Partido Comunista, a educarse y participar de actividades políticas y de propaganda. Paralelamente, comenta, un proceso de aprendizaje y de reconocimiento y refuerzo de su identidad indígena, porque “en la escuela sufríamos mucho la discriminación, de indio, de negro, de paisano como nos trataban, y también a la par fui estudiando lo que era mi cultura, mis tradiciones, preguntándole a mi abuela, a mi tío Claudio, y a involucrarme más en el tema”⁴⁹.

Mas allá de si se hayan integrado o no los originarios para comienzos de siglo, en la actualidad es importante señalar que aún no existe la relación que se quisiera (para quienes entendemos como fundamental para el éxito de los objetivos de los comunistas y del movimiento indígena, la unidad de los sectores oprimidos y sus demandas), que sea capaz de profundizar en los acercamientos y coincidencias político programáticas, que van de la mano con el desarrollo propio de los debates históricos e ideológicos en este lugar del mundo; y según lo que se desprende de memorias de militantes del Partido de la región durante la dictadura, sobre este tema, pareciera estar instalada la misma idea de principios de siglo XX, que se resume en que en el quehacer político y en la coyuntura que se vivía, el “tema indígena” y la comunidad boliviana no constituían una preocupación ni interés mayor, mucho menos lucha que dar.

Curioso es que las víctimas de la dictadura de nacionalidad boliviana o indígena de la región no son militantes comunistas, sino socialistas, como el caso emblemático de Luis Bush Morales, quien falleció en los días cercanos y posteriores al golpe de Estado, y no por fusilamiento como la mayoría de las posteriores víctimas de la caravana de la muerte, sino por las intensas torturas a las que fue sometido, lo cual fue bastante bullado en la ciudad de Calama para la época, y que hasta el día de hoy entre los conocedores y cercanos a historia de lucha de las víctimas de violaciones a los derechos humanos, se comenta que a Bush lo mataron así por ser boliviano, de una forma “ejemplificadora”, que enciende el interés por investigar si aquello constituye una tendencia en el país.

⁴⁸ Ibid

⁴⁹ Comunicación personal con Rony Gutierrez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

“LO BOLIVIANO” Y LA DICTADURA

A pocos años de haber finalizado la dictadura en Chile, en 1993, José Toribio Merino, almirante de la Armada, se refiere a los bolivianos como “auquéridos metamorfoseados, que aprendieron a hablar, pero no a pensar”. Veinticuatro años después, el entonces presidente de Bolivia, Evo Morales, recuerda por redes sociales tal frase, aludiendo al pensamiento racista y discriminador de la oligarquía chilena.

Para introducirnos al tema, lo que más interesa tratar en este punto, y a propósito de tal conflicto histórico, es la posición y actuar que tuvo la dictadura, en función de la visión que poseían los militares y la elite chilena sobre la identidad y las manifestaciones culturales, asociadas a lo boliviano, visión renovada y profundizada por la doctrina de seguridad nacional y del enemigo interno, ya abordada anteriormente; además cabe preguntarse si acaso el proceder de la dictadura frente a este tema, se debió o no a una seria preocupación nacionalista, lo que nos permitiría hablar con mayor claridad de una chilenización, o un esfuerzo chilenizador, o más bien la opinión y proceder de la dictadura frente a ciertas manifestaciones se debió puramente a la cercanía y relación de algunos referentes artísticos o culturales a la izquierda y el comunismo; y por otra parte, cómo las personas, comunidades o grupos de la sociedad ligados apegados a la identidad regional y el movimiento cultural, se vieron enfrentados o afectados por la dictadura. Para esto la memoria de ciudadanos bolivianos y de comunidades ligadas a la tradición boliviana, residentes de la región de Antofagasta es fundamental.

Y es que algunos de los primeros bandos emitidos por la dictadura, prohibieron explícitamente cierto tipo de música, instrumentos musicales e incluso vestimentas. Fue prohibido el charango, la zampoña, la quena, y aunque lamentablemente no existe un registro escrito formal de aquel bando, este fue leído por cadena nacional y quedo muy grabado en la memoria colectiva el nivel de censura al que la dictadura estaba llegando⁵⁰. Esta dificultad de poder encontrar registros escritos o documentales de los bandos alusivos a la música o instrumentos andinos probablemente también tenga relación con el carácter clandestino de la represión, es decir, no toda persecución necesariamente debía ser publicada y registrada por escrito, menos aún la de este tipo de censuras⁵¹.

Por otra parte, el folklorista Héctor Pávez comenta que en una reunión citada por el mismo Secretario General de Gobierno a fines de 1973, el Coronel Pedro Ewing les comunicó que “nada de flauta, ni de quena ni de charango, porque eran instrumentos identificados con la canción social; que el folklore del norte no era chileno...”⁵². Estos hechos que marcaron el comienzo de la dictadura militar en Chile harían reafirmarían y harían explícita la visión de los militares, sino

⁵⁰ Gonzalez, Juan Pablo. “Censura, industria y nación: Paradojas del boom de la música andina en Chile (1975-1980)”. 2015.

⁵¹ Jordán, Laura. “Música y clandestinidad en dictadura: la represión, la circulación de músicas de resistencia y el casete clandestino”. Revista Musical Chilena, Año LXIII, Julio-Diciembre, N° 212. 2019. pp. 77 – 102.

⁵² Bravo, Gabriela. González, Cristián, Ecos del tiempo subterráneo. Las peñas en Santiago durante el régimen militar [1973-1983], Santiago, LOM, 2009, p. 55-56.

que constituiría en la práctica una advertencia a las comunidades y regiones del “norte de Chile” sobre sus prácticas y tradiciones culturales, la chilenización ya dejaría de vestirse de progresista, ahora el recurso del miedo sería la tónica para quien insista o reivindique tales expresiones.

En la región de Antofagasta, Nelly Lemus, al consultarle respecto de las razones a las persecuciones al mundo de la cultura, y a ciertos rasgos y expresiones identitarias particulares, principalmente del mundo de la música, explica,

“porque lo huaso era signo de ser chileno, todo lo demás no existíamos, entonces el Quilapayun, Inti Illimani, y luego después, eran lolitos los Illapu, que los encuentra acá en Chile, pero como eran chiquitos todavía, pero ellos estaban acá y también después consecuencia con el exilio... Yo creo que se prohíbe todo eso porque empezando es como “indio”, lo otro estos andaban cantando “la batea”, estaban cantando los himnos tan hermosos que los pueblos enteros cantaban, y, además, la elite no es tonta.”⁵³

Esta censura y persecución de “lo andino”, se basaría ahora en una doble carga negativa para la dictadura, al asociarse no solo con “lo boliviano”, sino también con lo comunista o revolucionario, y a su vez se resignificaría para ciertos sectores como una forma de resistencia ya no solo anticolonial, sino ahora antidictatorial.

“El charango, el poncho, el tambor, las flautas quena y zampoña, el gorro andino, los diseños con motivos de los pueblos originarios, e incluso la guitarra española, se asociaron con la precariedad, la disidencia y el desorden, además del socialismo y las ansias de revolución. (...). De esa manera, las autoridades militares y la oligarquía hacían alusión a estas costumbres mostrando sin amparo sus prejuicios y su desprecio. Los elementos folklóricos indígenas pasaron de ser símbolos de resistencia contra el europeo, a símbolos contra la dictadura militar⁵⁴.

Según el autor Luis Hernán Errazuriz,

“para las FFAA y un sector no despreciable de la población, el gobierno de la UP provoca en Chile una profunda crisis institucional, económica, política y moral, situación que se evidencia fundamentalmente en un alto nivel de conflictividad, en la pérdida de la identidad de ser nacional y la decadencia de los valores representativos de la cultura chilena. Desde esta perspectiva, uno de los principales objetivos del golpe militar consiste en extirpar de raíz los focos de infección que desintegran el cuerpo moral de la patria...”⁵⁵.

⁵³ Comunicación personal con Nelly Lemus. Addison-Smith, Hugo. Antofagasta. Noviembre, 2022.

⁵⁴ Camacho, Fernando. Ramírez, Laura. “Fotografía y memoria visual de la dictadura militar. Reflexiones desde la historia”, 2018.

⁵⁵ Errazuriz, Luis Hernán. “Dictadura Militar en Chile: Antecedentes del golpe estético-cultural”. 2009. pg. 152.

Aquello de alguna manera nos permite evidenciar cual era la asociación que efectivamente la dictadura había construido en su imaginario sobre lo “no chileno”, que era potencialmente enemigo y que debía ser suprimido.

Daniel Ramírez, actual concejal de Calama (independiente en cupo del Partido Comunista), y en ese entonces dirigente del Partido Socialista en la ciudad, explica que

“Calama era una ciudad de izquierda, era una ciudad de gente trabajadora, gente combativa. Mucha gente respetaba. Y a esto le digo la cultura de los ponchos, que imitaba el poncho boliviano, el poncho chileno, que era con música andina, que era muy frecuente, junto con la cueca. Había mucho conjunto juvenil...Viene el golpe militar y justamente se coartan estos revolucionarios. Quilapayun, Inti Illimani, tienen que arrancar, y que se yo. Y también lo asignan a que acá había que bailar cueca, y la cueca la reglamentan, cosa que no estaba reglamentada, la institucionalizan, y la música chilena igual. Y viene el patriotismo del militar, donde aquí había que bailar cueca, poner la bandera y nada más.”⁵⁶

De alguna manera este “patriotismo del militar” y la cuestión de la cueca, se van transformando para la época en símbolos de aquel ímpetu chilenizador que llevaba la dictadura, como una forma de barrer primero con lo que simbolizaba a la Unidad Popular, y por tanto la decadencia de los valores y la imagen de patria que se había logrado desde la primera chilenización, algo comprendido en cierta forma por sectores de la izquierda. Estamos hablando de un proceso chilenizador de una notable mayor complejidad y profundidad, que no solo implicaba la educación y militarización fronteriza, sino también la imposición de expresiones y prácticas, culturales y folklóricas, al punto de normarlas. Por otra parte, es relevante destacar que existe una conciencia crítica de esta situación, desde la militancia de izquierda, y son probablemente estas cuestiones las que abrieran paso a un debate más profundo acerca de la importancia de la lucha cultural e identitaria, como herramienta que permitiera hacer frente al relato hegemónico y homogeneizador construido por la dictadura con el objetivo de apelar a la unidad nacional y legitimar exitosamente un nuevo modelo político y económico.

Eduardo Carrasco, en una entrevista acerca de su experiencia como líder de Quilapayun, uno de los conjuntos folklóricos de mayor protagonismo en la Nueva Canción Chilena, movimiento musical y artístico, cuyo trabajo constituyeron la escenografía y banda sonora del proceso político y social que el país vivía, comentaba que

“...había como una especie de efervescencia en torno al folklore, y se formaban muchos grupos universitarios, y también profesionales, siguiendo un poco la línea de los cuatro cuartos, nosotros estábamos muy atentos a seguir una línea más como de un arraigo más verdadero, que era como lo propio de la Nueva Canción en ese momento, y nos interesaba mucho lo chileno y lo Latinoamericano, entonces empezamos a cantar con

⁵⁶ Comunicación personal con Daniel Ramírez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre 2022.

quenas, con charangos, que era un sonido totalmente nuevo en Chile, incluso cuando la gente nos escuchaba, nos reprochaba que era música boliviana”⁵³.

De la anterior cita se desprenden dos cuestiones muy relevantes, en línea de lo que nos interesa constatar acerca de las memorias populares y los imaginarios construidos para esa época acerca de las de las regiones andinas, desde el chileno de Santiago de Chile. No olvidemos que si bien los grupos Quilapayún e Inti Illimani interpretan música, ritmos e instrumentos andinos, y se caracterizan y visten como tal, popularizando la imagen del hombre de poncho, pelo largo, etc., son conjuntos nacidos en Santiago de Chile, y la referencia que realiza Carrasco respecto del reproche de la gente cuando empezaron su trabajo como grupo musical, acerca de que eran “música boliviana”, primero es muy decidor acerca de idea que para la época de los años 60-70 se marcaba en el imaginario popular chileno, sobre otra identidad y cultura, más lejana, extranjera y boliviana. Segundo, lo anterior nos da ciertas luces que podrían permitirnos, preliminarmente, señalar que esa percepción o visión que se tiene de lo andino, no es solo una idea compartida por las elites nacionales, sino que está evidentemente permeada e instalada en el imaginario nacional y cultural chileno, en palabras simples, no solo la gente de derecha, las elites y los militares ven la cultura de las regiones anexadas en la guerra del salitre como ajenas y lejanas, sino que también los sectores populares de Chile, lo que por supuesto se comprende ya que la colonización de esos territorios no solo se manifestó en la región de Antofagasta, sino también tuvo que legitimarse ante el resto de la sociedad chilena, mediante un único discurso unificador, oficial, nacional y vencedor.

“Nosotros ensayábamos en el estudio b que tenía el sello DICAP, estaban nuestros instrumentos armados ahí, entonces cuando viene el golpe y allanan DICAP, lo hicieron pedazo, con nuestros instrumentos incluidos. Fue prohibida en los primeros meses de la dictadura, la música andina, los ponchos, los charangos, las quenas, todas estas sonoridades, era muy simbólico...”⁵⁷

Así señala Roberto Márquez vocalista del conjunto folklórico Illapu, en una entrevista parte del documental “Canción Nacional” sobre La Nueva Canción Chilena, al ser consultado por lo sucedido en el momento del golpe de estado. De esto podemos desprender además la conciencia que se tenía respecto de la peligrosidad de expresiones culturales o artísticas andinas, por la asociación lógica que hacía el régimen respecto de este movimiento cultural y musical, con el proceso político y los Partidos de la Unidad Popular. Sin ir más lejos, gran parte de las agrupaciones folklóricas y referentes de la Nueva Canción Chilena, tenían militancia comunista, o socialista, y fueron difundidos a través del sello discográfico DICAP (“Discoteca del Cantar Popular”, dependiente directamente de la comisión de cultura de las JJCC en el periodo del gobierno popular, por lo que el vínculo que la derecha, las elites y los militares establecían se volvía algo lógico, y por tanto digno de perseguir y reprimir.

⁵⁷ Entrevista a Eduardo Carrasco. Documental “Canción Nacional”. 2005.

Esta odiosidad contra “lo boliviano”, “lo andino” y “lo indígena”, precipitada o intensificada como resultado de la vinculación con lo “comunista”, no solo tuvo su expresión en casos más emblemáticos y mediáticos, que se manifestó en lo sucedido con conjuntos folklóricos musicales adscritos a la Unidad Popular, sino también durante la dictadura tuvo expresiones dolorosas y tristemente conocidas solo a nivel regional. Tal situación era parte de un entramado mayor, que tenía que ver con la discursividad de la dictadura, donde la exaltación del nacionalismo era un elemento aglutinador y relevante para legitimarse ante la sociedad, especialmente en el contexto de los años 80 donde las organizaciones sociales y políticas opositoras a la dictadura alcanzaban un nivel óptimo de articulación, que se materializó con el inicio de las protestas. Había que exaltar la chilenidad en contra de lo que el régimen calificaba de “foráneo” y “extranjero”, aludiendo principalmente a los partidos de base marxista⁵⁸, pero también promoviendo con ello un rechazo a lo que no era chileno, y en la región de Antofagasta, contra “lo boliviano”.

FIJACIÓN CONTRA EL BOLIVIANO

Una de las situaciones vox populi en la región, y aunque no registrado o estudiado particular y formalmente, ni posible de indagar mediante fuentes oficiales o decretos de ley de la época, tiene que ver con la persecución y maltrato militar hacia el ciudadano boliviano u originario, que, bajo la óptica militar chilena, se confunden o incluso constituyen un mismo personaje, y probablemente no merece mayor distinción.

Quizás uno de los casos más emblemáticos de las víctimas de la dictadura militar a nivel regional es del ciudadano boliviano y militante socialista Luis Bush Morales, quien junto a otros dos compañeros fue detenido, torturado y desaparecido, transformándose en las primeras víctimas de la dictadura de la provincia del Loa.

La particularidad del caso de Luis Bush tiene que ver con la cruel forma en que lo asesinaron, quien no fue fusilado como las posteriores víctimas de la Caravana de la Muerte, sino que torturado hasta la muerte. En Calama muchos concluyen que tal alevosía tenía que ver con su nacionalidad y apariencia. Doña Erica Ramírez, nieta de Doña Grimilda Sánchez (quien fuera esposa de Luis Bush) e hija de Don Fernando Ramírez Sánchez (Detenido Desaparecido por la Caravana de la Muerte), al entrevistarse sobre el caso de Don Luis Bush, nos comenta la crueldad con la que los militares actuaron en las torturas y la inhumanidad que se desprendió de todos los hechos que sucedieron a su detención. Cabe mencionar que en esta entrevista también estuvo presente, por voluntad propia, Doña María, madre de doña Erica, y esposa de Fernando Ramírez.

Si bien la principal pretensión en esta parte de la investigación es poder estudiar y referirnos principalmente al trato de la dictadura con los ciudadanos bolivianos, la entrevista realizada a mi juicio tiene una relevancia histórica, sentimental, y siento un deber poder exponer parte de lo expresado por tales familiares y cercanos a las víctimas, para dejar un registro más de la crueldad

⁵⁸ pg. 5. Torres, Isabel. “La Trayectoria de la derecha, desde la incondicionalidad a Pinochet, al gobierno de los gerentes”.

y frialdad con la que los militares procedieron en la región, y también para recordar quien fue Luis Bush, el militante boliviano asesinado en Calama del que poco registro se tiene, pero que sin embargo, cuyo caso marcó y conmovió a la comunidad calameña, y para contar quien fue su esposa, Doña Grimilda Sanchez, mujer valiente que tuvo que soportar desde las torturas y el exilio, hasta la lucha, por sus propios medios, con las dificultades de la dictadura, por darle una sepultura digna a quien fuera su esposo, a quien nadie más reclamó, ni siquiera el Estado boliviano.

Luis Bush entró a trabajar en la planta Dupont, como se llamaba la fábrica estatal de explosivos de ENAEX en Calama, quien probablemente entró a trabajar por consecuencias de su filiación y militancia política, al corto tiempo de permanecer en Chile bajo el gobierno de Allende. Las circunstancias que trajeron a Bush a Calama son probablemente tema a investigar y esclarecer de forma más precisa, pero de acuerdo a lo que comenta doña Erica, fueron motivaciones más políticas que económicas, al provenir de familia de “clase alta” y ser profesional. Y basado en lo que Doña Grimilda Sánchez, también militante del Partido Socialista, le ha contado, es que tenía participación política y relación con movimientos guerrilleros activos en Bolivia, lo que le significó la prisión⁵⁹.

Grimilda Sanchez fue sentenciada a muerte y torturada por la dictadura, sin embargo, fingiendo un cáncer de útero, el cual pudo probar medicamento debido a que efectivamente había tenido tal enfermedad con anterioridad, pudo zafar e irse al exilio en Francia, donde recibió el dato del sitio donde se encontraba el cuerpo de su esposo Luis Bush junto a los otros dos compañeros en una fosa del cementerio de Calama. Entonces viajó y volvió a Chile en plena dictadura, en clandestinidad y con una identidad falsa, alentada por la humana necesidad de darle digna sepultura, pero también con la desesperación de encontrarlo y evitar que fuera otro desaparecido. Para entonces se especulaba que los militares, alertados por la búsqueda de los familiares de detenidos desaparecidos y ante la posibilidad de que los cuerpos fueran encontrados, desenterraban los cuerpos y los lanzaban al mar o los llevaban a otros sitios de más difícil acceso, como hicieron con víctimas de la Caravana de la Muerte, entre ellos Fernando Ramírez Sánchez, esposo de Doña María y padre de Doña Erica⁶⁰.

Doña María cuenta,

“Ella me fue a buscar a la casa, me dijo que yo era la única persona que la podía acompañar po, pero fue algo terrible. Yo no pensaba que iba a ser tan fuerte. Por ejemplo, los nichos grandes así, y yo me escondí atrás de tres nichos, porque el sepulturero, empezó a sacar la tierra así de apoco, y yo me fui acercando de a poco, para mirar de que se trataba. Y cuando ya sacaron el cuerpo, estaba hijo, con un gorro verde de militar amarrado, y con un cordel acá en el cuello, tenía varias vueltas del cordel del cuello. Y la

⁵⁹ Comunicación personal con Erica Ramírez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

⁶⁰ Comunicación personal con Erica Ramírez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

Grimi por tratar de verle acaso tenía balas en el pecho, le desprendió todo el cuero del cuerpo, la piel”⁶¹.

Respecto del hallazgo del cuerpo de don Luis Bush, además de comprobar por si misma si había sido fusilado o no, Doña María comenta que Doña Grimilda,

“No se quedó ni a dormir, no si hijo era escondido, ella quería darle una sepultura digna. Porque hijo, no estaban con cajón. Lo mataron y lo tiraron al hoyo, entonces él estaba con la tierra, me entiende. Y ella para darle una sepultura. Y tu teni que tener un muerto para que te vendan un cajón, y ella se consiguió un cajón infantil, era chico el cajón, y cuando fuimos a meter al Bush al cajón, hijo no cabía. Entonces el sepultero dijo no se preocupe, y lo pescó así, le pescó la pierna y lo trató de quebrar, ¡oy! si fue horrible, trató de quebrarlo y no pudo. Dijo espérense un ratito, se dio la media vuelta y fue a buscar una sierra, y con la sierra hijo lo empezó a despresar igual que cuando uno parte a los pollos de las piernas. (Se quiebra, se pone a llorar). Fue terrible hijo, entonces quedó el torso, por un lado, pa que cupiera en el cajón. Eso fue lo que pasó, entonces tenía ella una amiga que tenía un nicho, y la señora norma le prestó ese nicho para meter ahí el Bush, pero clandestino, sin saber que era él”⁶².

A Luis Bush la dictadura lo acusó, junto a sus dos compañeros con los que cayó, de supuestos planes de “terrorismo” que consistían en atentar y hacer estallar la fábrica de explosivos de Calama, utilizados principalmente para labores de la explotación minera de Codelco. Los acusaron de trasladar los explosivos en una ambulancia.

Respecto de la relación que pudo tener la nacionalidad boliviana de Luis Bush y las particularidades de su caso, al ser consultadas Doña Erica y Doña María, manifiestan creer que los militares sabían su nacionalidad y lo que él era antes en Bolivia, lo cual le perjudicó más⁶³.

Otra cuestión a destacar es la trayectoria política de Bush, previo a su llegada a Calama, un militante que, según tales fuentes, estuvo probablemente ligado a movimientos guerrilleros, y participó como “colaborador” del gobierno del militar progresista Juan José Torres, quien tuvo acercamientos importantes con el gobierno de Salvador Allende, particularmente accediendo a abrir la discusión sobre cuestión del mar para Bolivia, lo que significó la reanudación de las relaciones con Bolivia rotas en 1962, a propósito del conflicto del río Lauca⁶⁴. Esto permite suponer que, de manejar los militares tales antecedentes sobre Bush, en ello se explicaría la brutalidad de las torturas y forma en la que actuaron. Bush probablemente encajaba en lo que el ejército calificaría como un peligro y enemigo potencial.

⁶¹ Ibid.

⁶² Ibid.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Le Monde Diplomatique. 2015, febrero, 21. BOLIVIA Y EL MAR Negociaciones boliviano-chilenas entre los gobiernos de Juan José Torres y Salvador Allende, en 1971. Por Jorge Magasich (Le Monde Diplomatique - Edición Chilena, febrero 2015).

Otro caso importante es el de Domingo Mamani, quien fuera ciudadano chileno, descendiente de bolivianos, apresado y hecho desaparecer por la dictadura en el marco de la Caravana de la Muerte. Del relato de doña Nancy Mamani, hija de Domingo Mamani, se destacan cuestiones importantes respecto de su apreciación de su identidad y ascendencia boliviana en la cotidianidad de Calama.

“...Si vemos acá toda la gente que está acá, es descendiente boliviana. Antiguamente aquí había mucha gente boliviana. Yo he vivido toda la vida en Calama, yo nací acá y me crié en este lugar donde estoy. Mis papás vivían al frente. Pero todos los que vivían, la gente era boliviana, los pasajes, estas son casas grandes, estos son terrenos grandes, entonces vivían puros bolivianos acá, esto era como cité.

Esto era así po, nosotros, cuando vivíamos antes del 73 no teníamos drama, no teníamos problema, en el sentido de que era normal que nuestros compañeros eran bolivianos, otros chilenos...

...Mi esposo que trabajó en Codelco años atrás decía que ellos contrataban en esos años más bolivianos que chilenos porque en las mineras rendían más po, porque ellos rinden más. Rinden más porque ellos usan coca, todo el día andan con esa coca masticando y no necesitan comer, y trabajan. Mi abuela comía coca, entonces nosotros venimos de familia (boliviana)”⁶⁵.

Por otra parte, y sobre la detención y desaparición de Domingo Mamani, doña Nancy Mamani comenta los momentos previos, describiéndolo como un proceso complejo los días posteriores al golpe, pero que su padre “se confió”⁶⁶.

Mamani era dirigente del Partido Socialista y presidente del sindicato de empleados de la misma fábrica “Dupont”, quien tuvo que soportar afrentas y presiones, “todos los días dice que fue presionado, esos días que estuvo, desde el 11 de septiembre hasta el 30, era muy presionado, lo golpeaban, cachetadas de los altos mandos, decía”⁶⁷.

Además, se comenta la situación de la detención y tortura de su hermano mayor, al tiempo después de haber sido desaparecido y asesinado su padre, cuyo motivo principal, asegura, fue haber sido hijo de Domingo Mamani. Al preguntar si cree que el apellido influyó o afectó en tales hechos, sin contestar directamente, explica “... lo que yo tengo entendido es que el Mamani mío es boliviano. Pero los Mamani están aquí en San Pedro, y están acá en Arica, pero ellos dicen que son de la zona, Mamani de acá de Chile. Pero nosotros no, nosotros somos descendientes de bolivianos, nuestro parentesco más cercano son bolivianos, nuestros abuelos y un tío tenemos boliviano”⁶⁸.

⁶⁵ Comunicación personal con Nancy Mamani. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

⁶⁶ Ibid.

⁶⁷ Comunicación personal con Nancy Mamani. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

⁶⁸ Ibid.

Lo anterior si bien no puede interpretarse como una afirmación, en la explicación que entrega acerca del origen boliviano de su apellido Mamani, lo deja ver como un elemento importante. Muy probablemente para la época, los chilenos, menos aún los militares, iban a ahondar en investigar la procedencia real del apellido. Lo que es cierto, es que Mamani es un apellido común en Bolivia, lo que ya podría constituir en dictadura una peligrosidad inminente, y el haber sido hijo de Domingo Mamani, probablemente lo volvía merecedor de malos tratos, torturas y brutalidades como las cometidas.

Daniel Ramírez, socialista para la época de dictadura en Calama relata una de las experiencias vividas, y que se condice con otras experiencias narradas y conocidas en la intimidad de las comunidades y familias, Antofagastinas y Calameñas.

“Yo tuve triste experiencia, cuando fui a Bolivia (en los 80), venía en el tren, y de repente entran al tren, en el carro donde venía yo iba con mi señora y mi hija, entran y empiezan a tratar mal a los bolivianos, empiezan a tratarlos mal, y los insultan, y como nazis se pasean así, gallos grandotes, imitando y haciendo burlas. Y bajan de ese carro, como a 4 o 5 personas bolivianas, y a una señora de cerca de 80 o 90 años en la frontera de Ollagüe. Y ahí yo vi esa situación.

... Que lo que sucedía en ese tiempo cuando estaban tensas las cosas. Venían bolivianos y llegaban a la frontera y les cortaban el pelo, los pelaban. Y al revés, los bolivianos se desquitaban con los chilenos allá.”⁶⁹.

Otro caso importante, es el de Edwin Zurita, cuya experiencia es muy ilustrativa de la realidad transfronteriza de gran parte de la población regional, siendo ciudadano boliviano-chileno, hijo de poblador de Ollagüe (pueblo fronterizo con Bolivia) y de ciudadana boliviana, radicado desde el año 85 en Calama, quien, al ser consultado sobre su paso a Chile en el contexto dictatorial de los años 80, comenta sobre los militares en la frontera que,

“... siempre tenían esa voz de mando, como todo militar, enérgicos. Y uno, principalmente la gente, que no estaba acostumbrada lo tomaba como que lo estaban golpeando verbalmente. Y cuando ellos realmente querían maltratar verbalmente a las personas, eran mucho más fuertes, y ahí si se notaba esos tonos de voz, y esos tonos de discriminación por ser boliviano. Entonces claro en la frontera me tocó vivir eso en tres oportunidades cuando yo viajé después de haber llegado acá, y pasa eso, de que discriminan”⁷⁰.

Y ya sobre su llegada a la ciudad de Calama y sus impresiones explica, “... yo intenté hacerlo fácil, mi situación, precisamente por esto del fútbol. Con el fútbol compraba la amistad del chileno, el que me viera bien y todo, con el futbol lo compraba. Por eso que a lo mejor no sentí

⁶⁹ Comunicación personal con Daniel Ramírez. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

⁷⁰ Comunicación personal con Edwin Zurita. Addison-Smith, Hugo. Calama. Noviembre, 2022.

haber recibido mucha discriminación, pero sí lo vi, discriminación hacia los demás compatriotas”⁷¹.

Las anteriores experiencias, de un chileno y un boliviano, son expuestas y relevadas en esta investigación porque nos permite comprender el alcance, repercusiones y consecuencias que las políticas, ideas y odiosidad del régimen de Pinochet trajo en la base, entre la cotidianidad de la población local y comunidad boliviana. Por otra parte, interesa exponer estas experiencias porque están lejos de ser aisladas, y a pesar de no encontrar mayores registros historiográficos de estas situaciones de maltratos, discriminaciones y arbitrariedades en aquella época contra estos grupos importantes, en la región, estas situaciones se saben y se comentan, y son parte de una memoria colectiva local, pero muy ilustrativa del pensamiento de la elite y ejército chileno, antes, durante y después de la dictadura, y en particular respecto de la forma de gobernar la región y sus fronteras.

⁷¹ Ibid.

REFLEXIONES

En el Chile de la dictadura el proyecto chilenizador se retomó con fuerza, lo cual se entiende, primeramente, y se asume casi de forma lógica, por lo que encarna el ejército mismo en su historia, y los valores e idea de patria que la élite proyecta en él, en un momento en donde las posibilidades de moldear la sociedad bajo sus parámetros y objetivos eran ciertas, ostentando el poder político por la fuerza y sin contrapeso. Y, por otra parte, este proceso chilenizador renovado y reforzado que el régimen de Pinochet pretendió, adquirió una complejidad mayor en lo que podemos denominar el segundo tiempo de la dictadura, lo cual iba directamente relacionado con el nuevo modelo político y económico, donde la constitución de 1980 era la piedra angular. Modelo el cual no iba a lograr imponerse sino era por la fuerza y el miedo, ni sostenerse en el tiempo si no era con un cambio cultural e identitario efectivo y concreto, que levantara o reforzara imaginarios y elementos culturales, ideológicos, identitarios comunes y transversales a lo largo y ancho del país, cuestiones representativas de lo que la dictadura y la élite, entendían por “chileno”, por supuesto. Si en los primeros años de la dictadura el trabajo se redujo a perseguir y reprimir expresiones “no chilenas” y por consecuencia, probablemente marxistas, para principios de los años 80, había que reforzar la chilenidad y maltratar al que no era chileno, anexando al indígena del altiplano, pero con la condición de renegar y diferenciarse del indígena de su misma nación Lickan Antay, Quechua o Aymara, de un par de kilómetros más allá, pero al otro lado de la frontera, y con particular atención en las regiones fronterizas con Bolivia y Perú, en donde las relaciones transfronterizas son un dolor de cabeza para un Estado chileno que desde Santiago de Chile no comprende que ni con zanjas, ni con estados de excepción va a separar culturas ancestrales, y que estas culturas ancestrales constituyen también la base de la identidad de ciudades como Antofagasta y Calama.

Por lo anterior es que fue necesario hacer un recuento histórico que permitiera entender cómo se fueron construyendo a lo largo del siglo XX los imaginarios respecto del poblador de la región de Antofagasta, cruzado por las identidades originarias, bolivianas, hasta el periodo de la dictadura, como una forma de entender también cuál era la visión del régimen que explicaba su actuar respecto de ciertas comunidades o grupos de la sociedad, más allá de la persecución puramente política; y desde otro punto, cómo estas identidades se van entremezclando y homologando, constituyendo históricamente un problema para la élite chilena y militares.

La historia de tales hechos que existen sobre este proceso chilenizador de la dictadura, no ha sido registrado ni estudiado, al menos de forma profunda, suficiente, y oportuna a mi parecer, ni por la historiografía más tradicional, ni cultural, ni social. Es por tal razón que la historia del tiempo presente a través de la memoria y de la reconstrucción de una memoria popular y regional o local, de las comunidades, con la cual a través de esta investigación se pretende un aporte en ese sentido, entrega una excelente oportunidad para los historiadores de, sino inaugurar, al menos relevar un tema de la historia reciente, cuyos conflictos son parte de la historia de muchos pueblos y comunidades que probablemente hayan vivido, y aun vivan, procesos similares de asimilación, colonización, aculturación; y que también sirva como un llamado de atención a las

personas o grupos de la sociedad comprometidos con el cambio social, desde la política y la intelectualidad, como los historiadores, a también comprender que las comunidades, las provincias y pueblos más recónditos, tienen derecho a contar su historia, y que no podemos pretender hablar por ellos desde las grandes capitales, sino más bien ser una forma para que ellos puedan hablar desde su visión y memoria, considerando en nuestro trabajo la voz de los más alejados y que hasta hoy no han sido registrados en nuestros archivos nacionales o bibliotecas principales.

Victoria Castro comenta que,

“en el ámbito macrorregional, las comunidades del Loa superior siguen relacionándose con poblaciones bolivianas, sea para intercambios económicos, para contratar a un maestro de música que entrene a la banda del pueblo, sea para contar con un “medico de los yungas” cuando el yatiri local no puede solucionar algún problema y un sinnúmero de otras situaciones que encubren distintos grados de intimidad. Si gente de Lípez es capaz de entregar a su hijo a una familia del Loa para que lo adiestre en las prácticas del pastoreo por un periodo de un año o más, habrá que preguntarse acerca de la profundidad y solidez de estos vínculos a nivel de las unidades domésticas”⁷².

La anterior afirmación ejemplifica una situación que es extensible a nivel regional, más allá de la lógica realidad de las comunidades fronterizas, parece indudable que para la dictadura la chilenización impulsada en la región de Antofagasta poseía razones muy fuertes, sustentada en temores bien justificados desde su perspectiva. Y es que no es difícil percatarse en el inconsciente colectivo regional, del apego que existe no solo a “lo andino”, sino derechamente a “lo boliviano”, que se reafirma históricamente en cuestiones tan cotidianas y vitales como lo económico y cultural.

La dictadura retomó un proyecto chilenizador, pero esta vez reforzado por la doctrina de seguridad nacional, lo que en la Región de Antofagasta se manifestó en persecuciones, odiosidad y malos tratos a comunidades como la boliviana, y a personas o grupos cuya identidad coincidía con el imaginario que la elite y el ejército venían construyendo desde fines del siglo XIX y principios del XX.

Por otra parte, la historiografía sobre la región de Antofagasta, y procesos como la chilenización y la dictadura, tienen aún la tarea pendiente de aportar en la construcción y registro de una memoria local y regional, que permita romper con el centralismo chileno y las lógicas coloniales de una historia construida desde Santiago de Chile, que a su vez permita visibilizar la historia de comunidades importantísimas para la identidad local, como la boliviana y originaria, y alentar el estudio sobre cómo el poder ha operado en la región, y como la población regional se ha visto envuelta una y otra vez entre las tensiones y odiosidades provocadas por los intereses de una elite racista y negacionista cuya visión sobre estos territorios se reducen a la de un gran yacimiento

⁷² Castro R., Victoria. Atacama en el tiempo. territorios, identidades, lenguas. (Provincia El Loa, II Región). Anales de la Universidad de Chile, VI serie: N°13, agosto, 2001. p. 12.

minero, cuyos pobladores constituyen un gran campamento minero, a disposición de los intereses extractivistas nacionales y transnacionales.

En ese sentido quizás una de las mayores intenciones de este trabajo es visibilizar la historia de la comunidad boliviana, la cual fue víctima de la dictadura en una región de la cual son parte originaria, aunque grupos de la sociedad chilena se nieguen a reconocerles ese lugar.

Otra de las cuestiones relevantes es la distancia y poca noción que tenía la izquierda regional, concentrada en la zona urbana, tanto con los pueblos “del interior”, del altiplano, como con comunidades indígenas y la comunidad boliviana de las mismas ciudades. Situación que no era nueva en la época de la dictadura, y que tiene que ver con la construcción histórica de un movimiento obrero y una izquierda, representada principalmente en el Partido Comunista y Socialista, muy apegada al marxismo clásico, y un análisis permeado por el relato oficial y chilenezador de la elite chilena, realidad que hasta hoy se puede palpar.

A pesar de esta distancia, relacionada a la poca presencia y participación originaria y boliviana en organizaciones o movimiento políticos, pese a componer parte gruesa de los sectores populares y obreros de la región, los imaginarios construidos por la elite chilena y su ejército, y proyectados a la sociedad chilena, funcionaron como un elemento catalizador para la represión que perjudicó a comunistas, bolivianos y originarios en la región. Grupos folclóricos de renombre fueron perseguidos y exiliados, instrumentos andinos, ponchos y pelo largo fueron cancelados socialmente y borrados, bolivianos e indígenas fueron maltratados e invisibilizados, paralelo a una permanente acción de la dictadura por resaltar, promover y enaltecer la chilenidad.

Cada cierto tiempo, precipitado por inestabilidades políticas y económicas de Chile, y por el asfixiante centralismo, la marginación y abandono de la que es víctima la región, y alentado por la clara reclamación boliviana sobre ésta, adquieren fuerza discursos regionalistas, algunos más osados y radicales que otros, y algunas familias antofagastinas y calameñas se preguntan en la intimidad de la sobremesa, que habría pasado si esa guerra nunca hubiera sucedido, y, aunque lejano, que pasaría si volviéramos a ser el Litoral Boliviano, si acaso se acabarían las odiosidades y el racismo que trajeron las olas chilenezadoras como la dictadura, o la región dejaría de ser el campamento minero y zona de sacrificio que es, o si acaso ajustaríamos cuentas con nuestra historia, nuestros ancestros y nuestra cultura, mientras la plurinacionalidad va apareciendo como un nuevo paradigma y mirada distinta, una nueva forma de entender las relaciones entre la sociedad, el Estado chileno, la región de Antofagasta con Bolivia, los pueblos y comunidades de uno y otro lado de la frontera, que constituyen a su vez naciones originarias y que no reconocen como suyas las fronteras trazadas por la guerra del salitre y cada cierto tiempo acosadas.

La catástrofe de la dictadura chilena abrió nuevamente las heridas de la gran catástrofe de la guerra en nuestro Qullasuyu. Los crímenes, horrores y persecuciones que trajo el régimen no solo fueron atentados contra la vida de personas, sino también contra identidades, contra culturas, contra pueblos naciones originarias. Sin embargo, aún quedan ciegos que no ven la sangre, entonces... ¿Cuándo sanaremos?

BIBLIOGRAFÍA

- Torres, Isabel. “La trayectoria de la derecha, desde la incondicionalidad a Pinochet al gobierno de los gerentes”.
- De La Cruz, E. – Feliz, G. Epistolario de Don Diego Portales. Santiago, 1937 – 1938. Volumen I. N° 5.
- Revista Que Pasa. Entrevista a Jaime Guzmán. 1975.
- Rousso, Henry. La Ultima Catástrofe.
- Mercado, Javier. “Los inicios de la chilenización en Atacama: Una aproximación a las discursividades sobre el ‘indio atacameño’ durante la posguerra del Pacífico (1885-1910)”.
- Morales y González. “Tendencias Electorales de los Grupos Indígenas en Chile”.
- Morales, Héctor. “Construcción Social de la Etnicidad: Ego y Alter en Atacama”.
- Castro, Victoria. “Atacama en el tiempo. Territorios, identidades, lenguas. (Provincia El Loa, II región). Anales de la Universidad de Chile VI serie: N° 13, agosto 2001.
- San Roman, Francisco Javier. Desierto y cordilleras de Atacama. Santiago.
- Martínez, Jose Luis. Introducción. Revista Estudios Atacameños, N°39. 2010.
- Informe Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, 2003.
- Morales, Hector. “Genesis, Formación y Desarrollo del Movimiento Atacameño (norte de Chile)”.
- Bartolomé, Miguel Alberto. “Movimientos indios en América Latina. Los nuevos procesos de construcción nacionalitaria”.
- Martínez, Jose Luis. “Relaciones y negociaciones entre las sociedades indígenas de la región atacameña, y el Estado y la sociedad chilenos. Siglos XIX y XX. 1994.

- Gonzalez, Sergio. “Chilenizando a Tunupa”.

- Sosa, Elizabeth. “La Otredad: Una Visión del Pensamiento Latinoamericano Contemporáneo”.

- Pueblo Nación Lickan Antay ante Comisión de DDHH, Verdad Histórica y Bases para la Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición. Anza Ckolamar, Ximena. 2021.

- Gundermann, Hans; Gonzalez, Hector. “Sociedades indígenas y conocimiento antropológico. Aymaras y Atacameños de los siglos XIX y XX”.

- Wallerstein, Immanuel. Césarie, Aimé. Discurso Sobre el Colonialismo.

- Gonzalez, Juan Pablo. Censura, industria y nación: Paradojas del boom de la música andina en Chile (1975-1980). 2015.

- Jordán, Laura. “Música y clandestinidad en dictadura: la represión, la circulación de músicas de resistencia y el casete clandestino”. Revista Musical Chilena, Año LXIII, Julio-Diciembre, N° 212. 2019.

- Bravo, Gabriela. González, Cristián, *Ecos del tiempo subterráneo. Las peñas en Santiago durante el régimen militar [1973-1983]*, Santiago, LOM, 2009.

- Camacho, Fernando. Ramírez, Laura. “Fotografía y memoria visual de la dictadura militar. Reflexiones desde la historia”, 2018.

- Errazuriz, Luis Hernán. “Dictadura Militar en Chile: Antecedentes del golpe estético-cultural”.

- Libro del Mar. Estado Plurinacional de Bolivia. 2014.

- Documental “Canción Nacional”. 2005.

- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Nelly Lemus. Antofagasta. 2022.

- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Nancy Mamani. Calama. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Erica Ramírez. Calama. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Rony Gonzalez. Calama. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Adriana Briceño. Antofagasta. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Armando Flores. Antofagasta. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Daniel Ramírez. Calama. 2022.
- Addison-Smith, Hugo. Entrevista a Edwin Zurita. 2022.



PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE
REGIONAL EL LOA - CALAMA

BUSCH

CALAMA, 15 de septiembre de 1990

Señor
Periodista

De nuestra Consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a usted con el objeto de informarle lo siguiente:

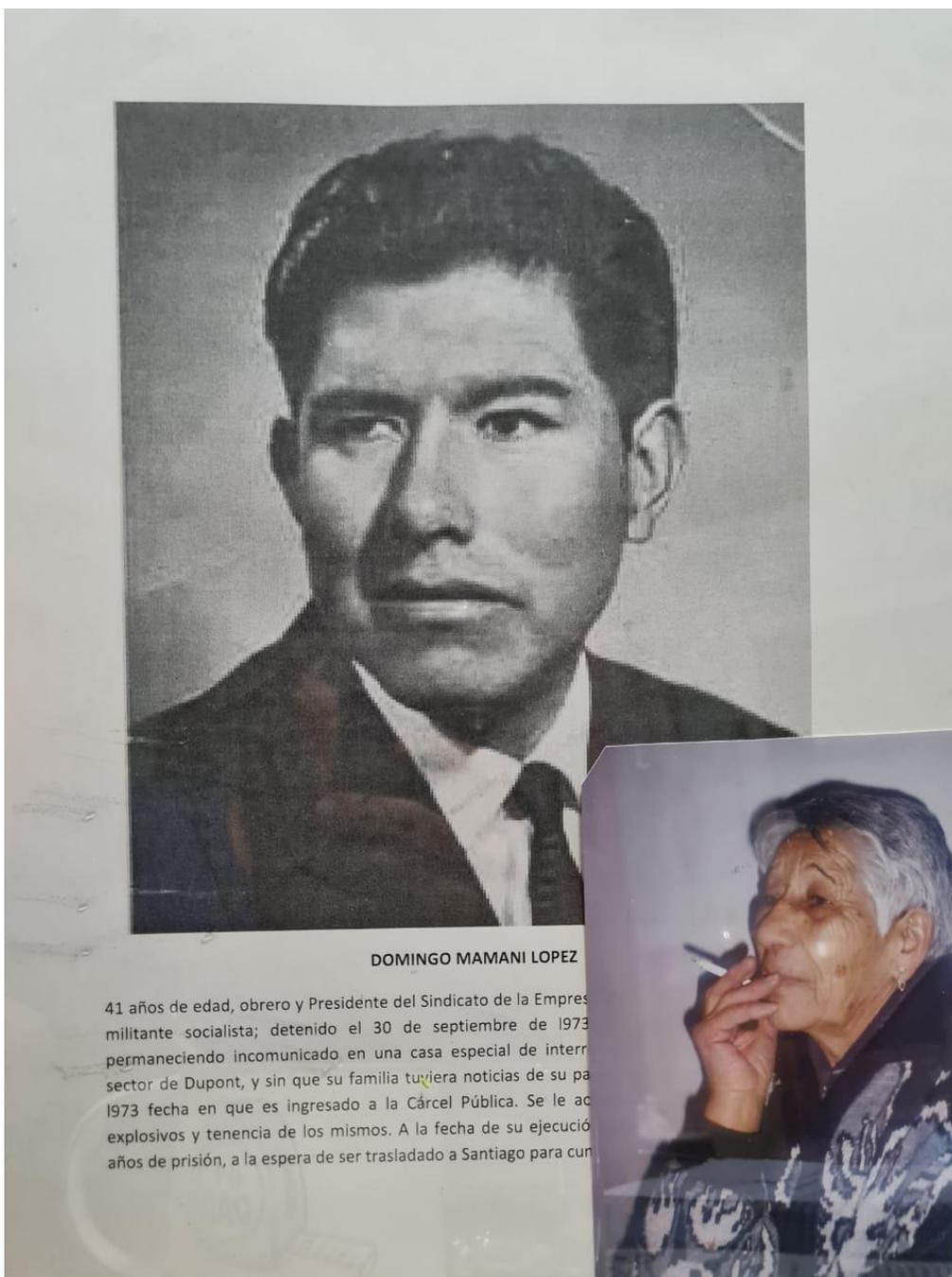
El Partido Socialista del Loa esta invitando a toda la comunidad, organizaciones sociales, políticas, sindicales, vecinales y medios de Comunicación a los funerales de nuestro camarada LUIS BUSCH MORALES (Q.E.P.D.) de nacionalidad boliviana y muerto en tortura el 6 octubre del año 1973. Busch Morales fue colaborador del Gobierno del Presidente Boliviano Juan Jose Torres (depuesto por un golpe de Estado en agosto de 1971) después de 8 meses de encarcelamiento busco el exilio en Chile, permanecio un par de dias en el Hospital de Chuquicamata para un chequeo medico posteriormente radicado en Chile, casado con la ciudadana chilena Grimilda Sanchez, quien hizo los tramites legales de exhumacion (Estirpacion y traslado de ambas manos al Instituto legal de Stgo para su posterior entierro. No presenta perforacion toraxica por fusilamiento) viajando desde Francia donde vive actualmente.

Los Socialistas hemos programado una ceremonia que sera a partir de su traslado de la morgue del hospital de Calama a la Catedral el dia lunes 17 a las 10 horas donde sera velado con una misa a las 16 hrs y luego, su posterior cortejo al cementerio donde se realizara la ceremonia oficial partidaria y de la comunidad

Agradeciendo su atencion le saluda atte

Daniel Ramirez Arqueros
C.I. 4575449-9
Secretario Comunicaciones
Partido Socialista del Loa

CARTA PARTIDO SOCIALISTA DE EL LOA 1990
INVITACIÓN FUNERALES LUIS BUSH MORALES



DOMINGO MAMANI LOPEZ

41 años de edad, obrero y Presidente del Sindicato de la Empresa
militante socialista; detenido el 30 de septiembre de 1973
permaneciendo incomunicado en una casa especial de internamiento
sector de Dupont, y sin que su familia tuviera noticias de su paradero
1973 fecha en que es ingresado a la Cárcel Pública. Se le acusó de
explosivos y tenencia de los mismos. A la fecha de su ejecución
años de prisión, a la espera de ser trasladado a Santiago para cumplir

DOMINGO MAMANI LOPEZ

Era dirigente sindical y laboraba en la fábrica Dupont. Detenido el 30 de septiembre de 1973, fue condenado a 20 años de prisión por un tribunal militar. Sin embargo, el 19 de octubre fue fusilado en las afueras de Calama. Unos molares de Domingo fueron encontrados en la fosa de la quebrada El Buitre, pero el resto del cuerpo aún no ha sido encontrado⁷³.

⁷³ Centro de Estudios Miguel Enriquez, CEME. Archivo Chile.



LUIS BUSH MORALES

Ingeniero agrónomo de 29 años. Fue detenido el 4 de octubre de 1973 y fusilado al día siguiente por orden del coronel del ejército Eugenio Rivera. Si bien el cuerpo fue recuperado en 1985, las pericias realizadas confirmaron que no murió fusilado sino por las torturas a las que fue sometido⁷⁴.

⁷⁴ Centro de Estudios Miguel Enriquez, CEME. Archivo Chile.